

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 71.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÚ, 1.—MADRID

1.º de Junio de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.— *De la clasificación de los fenómenos sociales*, por Raúl de la Grasserie.— *Campos, fábricas y talleres*, por Pedro Kropotkin.

CIENCIA Y ARTE: *La herencia psicológica*, por Ch. Ribot.— *Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.— *Los malos pastores*, por Octavio Mirbeau.— *París*, por Emilio Zola.

SECCIÓN GENERAL: *Cuestión palpitante*, por A. Cruz.— *Meditaciones*, por D. Espinosa.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO V)

La filosofía española, durante la dominación romana, no da más de sí, y ahora veremos lo que produjo durante el dominio godo que inaugura Osorio, discípulo de San Agustín, como queda dicho. Era Osorio batallador como su maestro. Contra Pelagio defiende el libre albedrío, y en un escrito que dedicara á San Agustín, puso á Orígenes como digan dueñas. Arrio, Pelagio y Orígenes, constituyeron los tres cismas más importantes que tuvo el cristianismo, y fueron, al mismo tiempo, las tres inteligencias más grandes de entonces. No podemos negar que sentimos simpatía por todos los rebeldes, y cuando, como en el caso presente, la rebeldía se hermana con una conducta intachable, con un carácter entero y con un criterio amplio y humano, más amplio y más humano que la doctrina que logra imponerse por el apoyo de los poderosos y la fuerza de sus lanzas, toda nuestra voluntad y nuestro amor es para los grandes caídos. Vencidos materialmente, ya que no intelectualmente, aquellos tres pensadores, sus ideas surgen en la reforma y el libre examen, y si hoy no han vencido á sus perseguidores, débese á que la idea que defendieron, si más racionalista que la de sus enemigos, no constituye ninguna aspiración religiosa, moral ni filosófica de nuestros tiempos. Cristianos al fin, si bien de un cristianismo más humano y natural que el que se impuso, no pueden obtener la sanción de los naturalistas y humanistas que encarnan la presente y la futura revolución filosófica y económica; pero cúmplenos vanagloriarlos por su calidad de revolucionarios caídos al pie de la intriga, de la traición y de la fuerza bruta.

Los godos profesaban el arrianismo, y como los prelados españoles, á cuya cabeza figuraba Osio, habían contribuido á la persecución contra Arrio, los reyes bárbaros encontraron una gran oposición á su reinado en los obispos y demás clérigos españoles. Al principio, y vencido el imperio romano, los godos no pudieron contar con la fuerza moral de los obispos, con quienes anduvieron á la greña largo tiempo. Más eficaces entre el pueblo las predicaciones de los clérigos que las lanzas de los invasores.

el dualismo entre el poder material y el espiritual tomaba graves caracteres, en perjuicio del primero. De ahí que el diplomático Recaredo, para solidificar su poderío en un país que lo miraba como extranjero, más por ser arriano que por ser godo, decidiera convertirse al catolicismo plagiando al emperador de Oriente, Constantino. Si desde el concilio de Nicea, Orígenes perdió toda la fuerza moral que tuvo en Oriente, desde la conversión de Recaredo, Arrio perdió la que gozaba en Occidente. De esta manera, unido el poder del rey con el del clérigo, acabóse con los destellos de la verdadera filosofía y del libre examen, que representaban las teorías hermosamente heréticas de los filósofos citados. Vencido el espíritu investigador, conversos y convertidos pudieron darse á la vida tranquila de los pacificadores, y á ella se dieron. La lucha filosófica y religiosa cesó por un momento, andando del brazo en amigable consorcio, reyes, pensadores y prelados. De esta unión y paz es hija la escuela filosófica que en la historia del pensamiento humano se conoce con el nombre de Sevillana, y que es la primera genuinamente española. Fué San Leandro, natural de Cartagena, su fundador, allá por los años 550. Desempeñando el obispado de Sevilla, Leovigildo le desterró por sus ataques á la religión de los monarcas godos. Tenía San Leandro gran empeño en llevar á término feliz la obra de unidad católica, empezada en el concilio de Nicea, y se dió á la singular tarea de conquistar conciencias reales, ganando de esta suerte para su religión la voluntad de Hermenegildo, hijo mayor del rey. Desterrado aquél, refugióse en Constantinopla, ciudad que, merced á la protección de Constantino, había heredado á la capital de Egipto en el reinado de la teología.

Allí se hizo cargo del movimiento intelectual y teólogo de Europa, y cuando, dueño del cetro godo Recaredo, cuyo hermano mayor, el nombrado Hermenegildo, había sido muerto por orden del rey, su padre, por haberse convertido á la religión de Roma, hizo profesión de fe católica, San Leandro regresó á España, siendo el alma de la nación, convocando y presidiendo el tercer concilio de Toledo, y fundando la escuela de Sevilla, llamada filosófica con manifiesta impropiedad.

Nuestros lectores habrán de dispensarnos si les hablamos de concilios y de teología en un libro que trata de la evolución filosófica. No sin reparo lo hacemos, ya que nuestro criterio es que la filosofía no puede ser comparada ni confundida con la teología, y que el escolasticismo que ahora va constituyéndose, es mejor una ciencia de Dios que una ciencia de las cosas y de las propiedades humanas; pero no tenemos otro medio de unión intelectual que ese movimiento teológico que empezó en Alejandría con los apologistas, que siguió su curso natural con los llamados Santos Padres, y que en España produjo la Escuela Sevillana, de no poca nombradía, en una época exclusivamente teológica. Pronto, sin embargo, siguiendo nuestro modo de pensar, dejaremos á la escolástica en la plenitud de su poder, y á la teología, reina y señora del pensamiento, en los tiempos que narramos, para asistir al renacimiento filosófico dentro de la misma Edad Media, y á quien no habremos de dejar ya hasta el final del siglo xv.

La silla episcopal de Sevilla, convertida en tribuna al ocuparla San Leandro, se transformó en cátedra al sentarse en ella San Isidoro, hermano y sucesor del primero, en el año 601. Se presenta á San Isidoro como el más grande pensador que ha tenido España. No ha habido ingenio más alabado que el de este teólogo, de quien dice un autor moderno que reunía la elevación de Platón, la conciencia de Aristóteles, la erudición de Orígenes, la severidad de Jerónimo y la santidad de Gregorio. La principal obra de San Isidoro es *Etimologías*, compuesta de 20 tomos. Trata en ellos de cirugía,

de botánica, de medicina, de filosofía, de teología, de metalurgia, de horticultura, de táctica militar, de gimnasia y de otras muchas artes y ciencias. En honor á la verdad, San Isidoro era un sabio como podía serlo un hombre á principios del siglo VII; pero no un pensador. No hizo más que vulgarizar la ciencia de su tiempo. Conociendo todos los idiomas vivos entonces, hizo una unidad científica internacional de varias unidades nacionales. Este es el mérito del autor que nos ocupa. No tuvo ideas originales, y de San Isidoro no puede citarse una obra filosófica de carácter personal. La influencia que ejerció en el mundo civilizado se debe á la exposición clara de sus libros, declarados de texto por la mayoría de los centros docentes, y hasta por el célebre Alcuino preceptor en la corte de Carlo Magno. No obstante su fama, la escuela de Sevilla no añadió á la historia del pensamiento filosófico una idea trascendental, capaz para dar á la citada escuela fama de original y de profunda. En teología continuó la obra de los organizadores del concilio de Nicea, y en filosofía fué la principal base del escolasticismo, resultado de la convergencia del ideal religioso con el filosófico, representados por los magnates de la iglesia en la Edad Media, los cuales unían en sí el saber divino y el humano, el conocimiento de Dios y el de los hombres. Y si en San Isidoro la filosofía española, el pensamiento español, se preocupaba mucho más de las cosas divinas que de las humanas, en San Julián, sucesor de aquél en la jefatura de la escuela y en el arzobispado, se acentúa aún más el poderío de la teología sobre la filosofía, hasta el punto de que, al invadir los árabes nuestra Península, la escuela de Sevilla se había convertido en semillero de teólogos de criterio cerrado é intolerante, sin ninguna clase de influencia en el pensamiento nacional ni en el extranjero. De injustos pecaríamos si no hicieramos constar que la escuela de Sevilla dejó en lo político el *Fuero juzgo*, obra monumental por el trabajo que supone, y porque, á pesar de este trabajo, es de inutilidad absoluta en la dicha y en los progresos de los pueblos, aunque haya sido copiado y traducido á casi todos los idiomas del mundo, y aunque en dicha obra se hayan basado los códigos de no pocos pueblos.

*
*
*

Deseosos de salir cuanto antes de esta teología, que es una interrupción en la evolución filosófica, y hasta una negación de la filosofía, en cuanto lo es del pensamiento humano, y de la que nos hemos ocupado en ausencia de un verdadero pensamiento filosófico, hablaremos de los filósofos árabes y judíos, que sirven de transición y de enlace entre la moderna y la antigua filosofía, y que en el terreno psicológico constituyen una página digna de estudio, por cuanto ofrecen el espectáculo de una filosofía española, representada por individuos de raza asiática y africana.

(Se continuará).

FEDERICO URALES.

DE LA CLASIFICACIÓN DE LOS FENÓMENOS SOCIALES

POR

Raúl de la Grasserie (De «L'Humanité Nouvelle»).

(Conclusión.)

c) Fenómenos de relación.

Los fenómenos de relación entre distintas sociedades, los más numerosos y más perceptibles, se cumplen por vía natural y no por coacción ó reglamentación superior, porque este último medio sólo puede dimanar de un superior común; lo veremos surgir estudiando las sociedades más explicables, las federaciones.

Tales fenómenos son los de la guerra, los tratados y las alianzas.

El más antiguo es el de la guerra. En presencia dos sociedades con intereses encontrados, ninguna quiere ceder; sus diferencias habrá de resolverlas la fuerza. Aún constituye el fondo de las relaciones internacionales el estado de guerra actual ó eventual. A la guerra sigue un tratado de paz sin valor coercitivo, pues el hecho es que cada nación lo observa hasta que tiene fuerza para romperlo; es una situación, más que convenio obligatorio, si las dos sociedades no tienen por encima de ellas una supra-sociedad común.

Aunque parezca absurdo, la guerra es la relación internacional normal. Cuando llega, con la solución del litigio, á la conquista ó á la esclavitud, pasa de fenómeno de relación á fenómeno de nutrición.

Los tratados de paz ó de comercio son aún fenómenos de relación, y á falta de ellos, el uso, especie de tratado tácito. En este respecto hay que mencionar el derecho de gentes, que no es verdadero derecho en el sentido de coacción.

Existen también alianzas, que son relaciones externas más íntimas entre naciones, y que pueden llegar, si se estrechan más y más, á la unión de los dos países en uno solo, ó al menos á la federación, grado social superior.

No creemos necesario insistir más, pues estos fenómenos de relación de la sociedad externa son muy conocidos.

Estas relaciones se encuentran con numerosos obstáculos, señaladamente el lenguaje, que es un fenómeno de relación de la sociedad interna, y se convierte en impedimento para las relaciones externas. Lo mismo acontece con la legislación, con la religión y con otros varios factores.

B. Fenómenos anormales.

Comprenden los fenómenos patológicos, teratológicos, terapéuticos é higiénicos y además los necrológicos, que se han de añadir á los primeros.

a) Fenómenos patológicos.

Padece la sociedad en su conjunto distintas enfermedades, que producen la muerte. También puede morir naturalmente.

No proceden sólo las enfermedades, aun de la sociedad externa, de causas exteriores, sino también interiores, que afectan á la sociedad en su conjunto y en su masa. Pueden ser de origen traumático ó no traumático.

Las enfermedades que proceden del extranjero son traumáticas, en una guerra desastrosa, en la pérdida de provincias ó en la concurrencia industrial; las principalmente notorias son las que provienen de la guerra: la pérdida de una provincia equivale á una amputación; la indemnización de guerra, á una penuria económica; la pérdida de hombres, á la anemia de la nación. Resulta también malestar consecutivo, fiebre general, guerra civil, luchas encarnizadas de los partidos. Las luchas en la concurrencia industrial producen con frecuencia desórdenes graves.

Estas enfermedades pueden no ser traumáticas, aun procediendo de la guerra, cuando afectan á la nación victoriosa, que sufre con tal victoria como la contraria con la derrota. Los vencedores menos civilizados se contagian de los vicios de los vencidos más civilizados; la riqueza inesperada que adquieren se vuelve contra ellos, experiencia histórica muy frecuente.

Las enfermedades pueden proceder también del interior, sin mencionar las que

dimanan de los individuos, y que hemos enumerado al tratar de la sociedad interna, si no de las que tienen su origen en las masas interiores.

La principal consiste en la división extrema de las diversas fracciones del territorio ó en el conflicto de las religiones, ó en la inopia de los partidos políticos ó sociales, produciendo la guerra civil; y si se trata de conflictos territoriales, la excisión. Es el mal más grave para una sociedad, tanto más cuanto que se une á los de fuera. La guerra civil es al interior lo que la extranjera al exterior, y produce las mismas heridas.

Existen otras enfermedades internas no traumáticas. Entre ellas la detención del desarrollo que afecta á algunas civilizaciones, por ejemplo, la china, y que les impide crecer. El exceso de funcionarios, el militarismo y el fanatismo religioso debilitan también á una nación. Pueden surgir obstáculos materiales, pérdida de colonias, destrucción de un orden de cultura.

Las enfermedades pueden conducir á la muerte. El desgarramiento causado por los partidos, el vicio constitucional de un individualismo intenso han hecho perecer á Polonia. Molicie exagerada, exceso de refinamiento, provocaron la desaparición del mundo romano. Es casi siempre preciso que un ataque exterior descargue el último golpe.

La muerte de una sociedad puede también ser resultado de la vejez, y la civilización precipita la muerte, fatiga á la sociedad, mientras las naciones salvajes se conservan más largo tiempo. Tienen las naciones su apogeo, á partir del cual declinan. Se puede afirmar que todos los pueblos antiguos han muerto; han dejado á veces descendientes, pero no son idénticos con ellos. ¿Dónde se halla la Grecia antigua? ¿Dónde Roma? ¿Dónde los imperios de Oriente? No han dejado huella; han perecido, más por longevidad que por enfermedad. Roma, que había sujetado tantos pueblos, aunque enferma, habría vencido á los bárbaros si hubiera sido más joven.

b) Fenómenos teratológicos.

Hay algunas naciones que no reúnen las condiciones normales de la existencia; casi todas tienen una raza y un suelo, reunión que constituye la patria; casi todas han comenzado, siendo errantes, entregándose á la caza, á la pesca, al pastoreo, pero se han fijado, convirtiéndose en agrícolas, industriales ó comerciantes; se puede prescindir del estado transitorio de su desarrollo; han adquirido un territorio; tienen una raza más ó menos homogénea, pero siempre coherente.

Por el contrario, otras sociedades se encuentran sin arraigo; no poseen ya territorio ni patria, ó su patria se ha convertido en ideal; no son, sin embargo, cosmopolitas ni se mezclan con los demás pueblos, entre los cuales viven, sino que quedan refractarias á la unión. Se puede citar el pueblo judío, en todas partes perseguido, expulsado periódicamente de todos los países, en plena civilización, sin poseer territorio nacional y dotado de un sentimiento patriótico muy vivo. Igualmente los cingaros, sin patria ni forma de nación, son muy semejantes los unos á los otros. Es un fenómeno teratológico muy notable. Gran número de pueblos salvajes, dedicados al pastoreo ó á la caza, no tienen asiento; pero han quedado en la primera fase y revelan tendencias á llegar á ser agricultores en cuanto hallan un terreno cultivado ó cultivable, y además en la región que habitan reconocen límites, que no traspasan. Inversamente los judíos y los cingaros se hallan en todos los países.

Se halla también un fenómeno teratológico inverso. Algunos pueblos poseen un territorio fijo, pero se componen de individuos de las nacionalidades más opuestas,

procedentes de todos los puntos del globo; se puede decir entonces que el suelo^o se crea su población. Tal acontece en la República Argentina.

c) **Fenómenos terapéuticos.**

Examinados estos fenómenos producidos en la sociedad interna, ahora se trata de indicar remedios para los males que afectan á la sociedad considerada en su masa.

Por ejemplo, la enfermedad traumática que procede del extranjero, consiste en los males que son consecuencia de la guerra y de la invasión. Debe rehacerse la nación, averiguar las causas de su derrota y, cuando las ha descubierto, impedir las. Toda nación vencida aspira á estos dos fines: el primero es terapéutico, el segundo higiénico. Perdió muchos hombres y dinero y también territorio; debe elevar las cifras de su población al nivel anterior, reparar sus pérdidas de dinero por tratados ventajosos, empresas lucrativas, extensión del comercio exterior, integración de la red de caminos de hierro; respecto á las provincias perdidas, si no puede reconquistarlas, las ha de compensar con colonias ó la conquista de otras provincias. Así consigue reparar el mal inmediato; pero debe combatir también muchos males indirectos, consecuencia durable de la guerra. Aminorada la confianza del país en sí mismo, que antes era excesiva; aparecidos sufrimientos y descontentos, y con ellos nuevos partidos políticos, las luchas interiores producen con frecuencia caídas y choques con el exterior. Se previenen por cierta concentración política para pacificar los partidos.

d) **Fenómenos de higiene.**

Es inútil insistir después de lo dicho de los medios terapéuticos. Basta recordar el ejemplo de los males causados por una guerra extranjera desgraciada. Se puede repararlos, pero hubiera sido preferible prevenirlos. Se puede y se logra por medio de armamentos. Se puede, sin embargo, decir aquí que es peor el remedio que la enfermedad; pero en el estado social incompleto, donde superior á las sociedades particulares no existe sociedad común directora, subsiste este mal, necesario como remedio, al modo que los venenos sirven de medicamentos preventivos.

Hay otros remedios, cuando se trata de males interiores; por ejemplo, contra la separación, la centralización; frente á la concentración excesiva á su vez, un régimen provincial. Son los recursos higiénicos de más eficacia.

e) **Fenómenos de supervivencia y de reaparición.**

En la vida entera de las sociedades hay también numerosas supervivencias. Un pueblo puede sobrevivir á su derrota; puede resucitar. La resurrección de la Grecia moderna es un ejemplo; otro es el de Italia unificada. Por último, en la región del Danubio, á más de Hungría, muchas provincias eslavas vuelven á la vida después de prolongada desaparición. Por el contrario, la larga duración del imperio bizantino era una verdadera supervivencia. Desde el punto de vista étnico, los árabes, después de la caída de sus imperios, sobrevivieron.

Las hay también de instituciones: el ejército en activo es una supervivencia de la piratería y las contribuciones de guerra recuerdan el saqueo antiguo. La reaparición atávica tiene lugar en los actos de crueldad cometidos por naciones civilizadas, fenómeno que no se halla muy lejos de nosotros.

CAPITULO IV

Fenómenos suprasociales ó feudales.

Hemos consignado que los fenómenos sociales se producen en los individuos que componen la sociedad, es decir, los individuos que obran socialmente, ya considera-

dos como células sociales, ó en la *sociedad interna*, ya en la sociedad misma en su conjunto como *central y cerebral*, ya, por último, en esta misma sociedad, en cuanto externa y actuando principalmente en el exterior y frente á otras sociedades.

Pero así como por encima de los individuos, aun obrando socialmente, existe la sociedad en su conjunto, considerada á su vez como un verdadero individuo, también por encima de las diversas sociedades, puede constituirse una sociedad superior y más comprensiva, compuesta de varias de estas sociedades-individuos y llamada federación. Estas federaciones ó *sociedades de sociedades* pueden ser más ó menos extensas, podrán en teoría comprender todas las sociedades políticas terrestres, todas las naciones, el conjunto de la humanidad.

Esta sociedad soberana contiene cierto número de sociedades, que son como sus células, y acontece en esta esfera superior cuanto hemos indicado en la inferior. La federación produce fenómenos de orden *interno*, de orden *central* y de orden *exterior*. Representan respecto á ella estas sociedades particulares el mismo papel que los individuos respecto á las sociedades de que forman parte, llegan á constituirla y cuando se las observa federativamente, se percibe fenómenos federales internos. Por el contrario, si se considera la federación en su conjunto, en su lazo federal, aparecen fenómenos cerebrales centrales, pero federales. Por último, al suponer que la federación no abraza todo el género humano, las relaciones entre las diversas federaciones dan lugar á los fenómenos de la federación externa.

Nos evita tal comparación una descripción detallada; poco tendremos que añadir para aclarar estas definiciones. Hemos dejado las sociedades particulares en su aspecto externo, en el estado de guerra, que no puede ser substituído más que por la paz armada, casi tan desastrosa como la guerra misma, ó por la paz convencional, muy precaria, pues no existe coacción para la observancia de los tratados. No existe entre las sociedades ningún lazo coercitivo, ninguna legislación ni jurisdicción, como no existía entre los individuos hasta que la sociedad no llegó á la vida cerebral y central. Sólo cuando se llega á ella puede existir jurisdicción. Únicamente existe la vida central para la reunión de las diversas sociedades, en cuanto limítrofes ó aliadas; pero no se ha constituido órgano central, federación entre ellas. La solución de estas dificultades se halla en la sociedad de sociedades; sólo la federación puede legislar y juzgar entre ellas.

Una vez la federación en su estado central y con un cerebro, obra sintéticamente en el dominio de la inteligencia, de la voluntad, del sentimiento, facultades cerebrales de que se halla provista. Su función se ejerce en el dominio de la voluntad, pues con ella se legisla, se juzga y se declaran los distintos derechos, pero no dejan de existir fenómenos intelectuales y sensibles; hay cambio ó mejor comunicación incesante de ciencia y arte, como de religión y civilización en general.

Tales son los fenómenos sociales en sus distintas clases, numerosas y que exceden del orden exclusivamente económico.

Hemos intentado señalarlas en sus divisiones y subdivisiones y establecer su base en distinciones biológicas.

Pero al lado de la sociología abstracta y general se encuentra la concreta y contingente, en otros términos, la sociología histórico-geográfica, donde se estudian los fenómenos sociales concretos, sus divisiones son las mismas que acabamos de indicar. Sólo necesitamos distinguirlas de las primeras y determinar su carácter.

SEGUNDA PARTE

Clasificación de los fenómenos sociales históricos.

La historia, comprendiendo en ella la geografía política y la histórica, forma el *sabstratum* de la sociología; contiene los hechos concretos, cuya reunión, tomada en distintos puntos de vista, constituye las diversas evoluciones, objeto, en su extensión, de la sociología. Así se percibe el lazo de la sociología con la historia. Ambas se refieren á la sociedad y estudian los fenómenos sociales; pero mientras la sociología es abstracta, la historia es esencialmente concreta.

No se limita, sin embargo, á la simple enumeración de los hechos como aparato registrador y mnemónico; compara y generaliza, lo cual se ha llamado filosofía de la historia, denominación caída en desuso, y al rechazar el vocablo se ha repudiado á la vez la idea en él expresada. Parece además que la ha reemplazado la sociología, lo cual es inexacto, pues su objetivo es distinto. Fácil es convencerse de ello mediante algunos ejemplos. Aparte de que no es sólo la historia colectiva, sino también la individual, la biografía, producto de esta ciencia.

Cuando se observa que en varios países diferentes, ó en varias épocas en el mismo país, la misma causa ha producido los mismos efectos, por ejemplo, que el gobierno democrático ha conducido al cesarismo en condiciones determinadas, ó que tal institución nueva ha producido tal resultado, se ha descubierto una ley. ¿Es sociológica dicha ley? No, porque la sociología consiste en el estudio de la evolución y sus leyes, y no en las consecuencias de un hecho aislado, ni de varios hechos de igual naturaleza, todos aislados. Es, pues, una ley histórica, y los hechos de los cuales se induce, históricos. También existen fenómenos biográficos. Al observar la historia individual de una persona, se descubre que tal acción ha producido tal resultado, se consigna que en la vida de otras varias personas el mismo hecho ha dado de sí el mismo resultado, se obtiene una ley biológica. Estas observaciones son muy interesantes y por mucho tiempo, antes de la aparición de la sociología, la han reemplazado provisionalmente. Son, por tanto, distintas, y al lado de los fenómenos sociológicos, hoy mismo, es legítimo el estudio de los fenómenos históricos y biográficos.

Convendría únicamente dar un nombre nuevo á la ciencia que se ocupa de ellos, para renovarla y legitimar su verdadero valor; propondríamos el de *historiología*, estudio de los fenómenos de historia y á la vez de los de geografía histórica; el estudio de los fenómenos biográficos podría llamarse *idiología* ó *ergología*, nombres que designarían con exactitud la diferencia entre los hechos de acción y los hechos de evolución.

Habría que observar, por consecuencia, al lado de los fenómenos sociales, los fenómenos históricos y los biográficos, objeto de estudio de otras tantas ciencias. Los últimos se extienden á la psicología y se suelen confundir con los fenómenos psicológicos.

Tales son las diversas clases de fenómenos sociales que, en su sentido comprensivo, implican los fenómenos sociales, propiamente dichos, ó abstractos, los fenómenos históricos abstracto-concretos y los fenómenos biográficos concretos. No se trata aquí más que de los primeros, y hemos mencionado los demás sólo para notar su jerarquía respectiva. En cuanto á las divisiones internas de éstos, reproducen las divisiones de aquéllos, ya indicadas. Así, unos fenómenos históricos se refieren á las funciones de nutrición social, otros á las de reproducción ó relaciones ó á los estados patológicos,

pudiendo así fácilmente explicar la historia de un pueblo, aunque no se cultiva de este modo la historia, porque se prefiere inferir de los efectos sus causas próximas, ó deducir de las causas sus efectos inmediatos sin sintetizar más.

No son las únicas las divisiones que hemos hecho de los fenómenos sociales: se podrían aún subdividirlos más; pero entendemos que estas nuevas subdivisiones deben estar comprendidas en las establecidas, cuya concordancia armónica con las divisiones de la psicología y de la biología importa notar.

(Traducción de U. González Serrano.)

CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES

En el curso de veinte años (1870-90), el número de personas empleadas en las fábricas americanas se ha duplicado con exceso, y el valor de su producción casi se ha triplicado (1).

La industria algodonera, provista de una maquinaria excelente hecha allí (2), se desarrolla rápidamente, y la exportación de algodón labrado en el país llegó el año pasado á unos 70.000.000 de francos próximamente. Y respecto á la producción anual de lingotes de hierro y acero, ya excede á la de la Gran Bretaña (3), y la organización de esa industria es también superior á aquélla, como hizo notar Mr. Berkley en Noviembre del 91, en su Memoria al Instituto de Ingenieros Civiles (4).

Todo lo cual es, puede decirse, la obra de los últimos veinte ó treinta años, habiéndose creado casi por completo industrias enteras desde el año 1860 (5).

¿Cuál será, pues, el estado de la industria americana de aquí á veinte años, ayudada como está por un maravilloso desenvolvimiento de destreza técnica, por escuelas excelentes, por una educación científica que corre parejas con la técnica, y por un espíritu emprendedor que no tiene rival en Europa?

Se han escrito volúmenes sobre la crisis de 1886-87, la cual, usando los términos de la Comisión parlamentaria, duró desde 1875, interrumpida únicamente por «un corto período de prosperidad de que disfrutaron algunas ramas industriales en los años 1880 á 1883»; crisis, agregaré, que se extendió por todos los países industriales del mundo.

Y después de examinar todas las causas posibles de ella, aunque pudiera haber alguna diferencia en la forma, en cuanto al fondo todos convinieron con el dictamen de la Comisión parlamentaria, que puede resumirse en estas palabras: «Los países industriales no encuentran compradores que les permitan realizar grandes beneficios.» Y como la utilidad es la base de la industria capitalista, su disminución expli-

(1) Trabajadores empleados en la industria: 2.654.000 en 1870, 4.712.600 en 1890. Valor producido: 16.929.305 000 francos en 1870, y 46.862.186.400 en 1890. Producción anual por trabajador, 8 240 francos en 1870, y 9.945 en 1890.

(2) *Textil Recorder*.

(3) Fué de 7.255.076 á 9.811.620 toneladas de lingotes de hierro durante los años 1890-94; obteniéndose 4.051.260 toneladas de «acero Bessemer y Clapp Griffiths» en 1890.

(4) El mayor rendimiento de un horno de fundición en la Gran Bretaña no excede de 750 toneladas en la semana, mientras que en América ha llegado á 2.000 toneladas (*Nature*, 19 Noviembre de 1891, pág. 65).

(5) J. R. DOGDE, *Farm and Factory: Aids to Agriculture from ether Industries*, Nueva York y Londres, 1884, pág. 111. Cuya lectura recomiendo encarecidamente á los amantes de estos estudios.

ca todas sus ulteriores consecuencias: ella hace que los patronos rebajen los jornales ó el número de obreros, ó el de los días de trabajo á la semana, ó bien les induce á acudir á la confección de otras clases de géneros más inferiores, que, por regla general, se pagan peor que los de mejor calidad. Como decía Adam Smith, la disminución de los beneficios trae consigo la de los salarios, y esto implica una reducción de consumo por parte del trabajador. También supone alguna reducción en el consumo por parte del patrono, y ambas reunidas significan menos utilidades y menos consumo por parte de esa inmensa clase de intermediarios que ha aparecido en todo país industrial; lo cual, á su vez, representa una nueva disminución en las utilidades del fabricante.

Un país cuya industria tenga por principal objeto la explotación y, por consiguiente, viva casi por completo de su comercio exterior, se halla en una posición muy parecida á la de Suiza, que vive, hasta cierto punto, de las utilidades que les reportan las visitas de los extranjeros que van á ver sus lagos y glaciers. Una buena «temporada», quiere decir una entrada de 25.000.000 á 50.000.000 de francos importados por los viajeros; y una mala, produce los efectos de la pérdida de la cosecha en un país agrícola, resultando, como consecuencia inevitable, el empobrecimiento general. Y otro tanto sucede con todo país que fabrique para la exportación: si la «temporada» es mala, y los artículos exportados no pueden venderse á doble precio del que tenían en el interior, el país que viva principalmente de este tráfico sufrirá sin remedio. Pocos ingresos para los forasteros de los Alpes, suponen un período de estrechez en una gran parte de Suiza, y pocas utilidades para los fabricantes ingleses y escoceses, y los exportadores al por mayor, representan también un período de estrechez para la Gran Betaña. La causa es la misma en ambos casos.

Hacía muchos años que no habíamos visto precios tan bajos en el trigo y en los artículos manufacturados como los que existían últimamente, y, sin embargo, el país atravesaba una crisis. Las gentes, por supuesto, achacaban el mal á un exceso de producción. Pero semejante frase carece de sentido, á menos de que no se pretenda manifestar con ella que los que se hallan necesitados de toda clase de productos no tienen medios de adquirirlos á causa de lo reducido de los salarios. Nadie se atreverá á afirmar que sobran los muebles en las casas desmanteladas de los agricultores; que abundan las camas y los cobertores en la morada del trabajador; que hay luces demás en las chozas, y que tienen demasiada ropa, no sólo aquellos que acostumbran á dormir (en 1886) entre dos periódicos en la Plaza de Trafalgar, sino muchas de esas personas que se presentan los domingos vestidas con cierta pulcritud. Nadie tendrá valor para decir que sobra el alimento en casa del campesino que gana quince pesetas á la semana, ó en la de la mujer que gana de cincuenta á sesenta centimos al día en los talleres de costura ó en una de esas pequeñas industrias que tanto abundan en los barrios exteriores de todas las grandes ciudades. Exceso de producción significa mera y simplemente la falta de medios de poder adquirir por parte de los trabajadores; falta que se sintió en todos los pueblos del continente durante los años 1885-87.

Después que los años malos pasaron, se presentó una animación repentina del comercio internacional; y como la exportación británica se elevó en cuatro años (1886 á 1890) á cerca del 24 por 100, se empezó á decir que no había razón para temer la competencia extranjera; que la baja en las exportaciones en 1885-87 fué sólo temporal, y general en Europa, y que Inglaterra, ahora, como siempre, mantenía por completo su posición dominante en el comercio internacional. Es indudablemente verdad que si consideramos exclusivamente el valor real de las exportaciones correspondientes á los

años 1876 al 1895, no vemos una declinación permanente, notándose sólo fluctuaciones. El comercio de exportación británico, como el tráfico en general, parecen indicar una inclinación hacia la intermitencia: bajaron de 5.025.000.000 de francos en 1876 á 4.800.000.000 en 1879; elevándose después otra vez á 6.025.000.000 en 1882; bajando de nuevo á 5.325.000.000 en 1886; volviéndose á elevar á 6.600.000.000 en 1890, y cayendo más tarde hasta llegar á un mínimun de 5.400.000.000 de francos en 1894, para ser seguido el año siguiente por un ligero movimiento de elevación.

Siendo un hecho semejante periodicidad, Mr. Giffen pudo quitarle importancia á la «Competencia alemana», mostrando que la exportación del Reino Unido no había disminuído; pudiendo hasta decirse que por cabeza de población había permanecido tal como estaba hace veinte años, á pesar de todas las fluctuaciones (1).

Sin embargo, cuando consideramos las cantidades exportadas y las comparamos con su valor efectivo, hasta el mismo Mr. Giffen debe reconocer que los precios de 1883 fueron tan bajos, comparados con los de 1873, que para alcanzar el mismo valor efectivo, el Reino Unido hubiera tenido que exportar cuatro piezas de algodón en vez de tres y ocho ó diez en artículos metálicos en lugar de seis. «El conjunto del comercio exterior británico, si se hubiese evaluado á los precios de hace diez años, habría llegado á 21.525.000.000 de francos en vez de 16.675.000,» se nos dijo por voz tan autorizada como la de la comisión encargada del estudio de la depresión comercial.

Puede decirse, sin embargo, que el año 1873 fué una excepción, debido al exceso de demanda que hubo después de la guerra franco-alemana. Luego, el movimiento descendente no ha dejado de continuar; por último, si aceptamos los datos presentados en el último *tatesman's year-book*, veremos que mientras que este país exportó en 1883 4.957.000.000 de yardas en piezas de géneros (algodón, lana y lino) y 316.000.000 de torzal, á fin de alcanzar un valor de exportación de 2.612.500.000 francos, el mismo país tuvo que exportar en 1895 nada menos que 5.478.000.000 de yardas de los mismos tejidos y 330.000.000 de torzal para realizar 2.498.500.000 francos solamente.

Respecto al año 1894, que fué de los mínimos, la proporción resultó aún peor; y parecería más mala todavía si nos ocupásemos sólo del algodón, ó hiciéramos una comparación con el año 1860, en el cual 2.776.000.000 de yardas de géneros de algodón y 197.000.000 toneladas de algodón torcido fueron evaluadas en 1.300.000.000 de francos, en tanto que treinta y cinco años después, casi el doble de millones de yardas (5.033.000.000) y 252.000.000 de toneladas de torzal hicieron falta para representar 1.707.500.000 francos (2). Y no debemos olvidar que la mitad (en valor) de las exportaciones inglesas é irlandesas la constituyen los textiles.

Así vemos, pues, que mientras el valor de la exportación del Reino Unido perma-

(1) Por cabeza de población aparece en pesetas como siguen:

1876.....	francos	151,25	1886.....	francos	146,25
1877.....	»	148,75	1887.....	»	151,25
1878.....	»	142,50	1888.....	»	158,75
1879.....	»	140,00	1889.....	»	167,50
1880.....	»	161,25	1890.....	»	176,25
1881.....	»	167,50	1891.....	»	163,75
1882.....	»	171,25	1892.....	»	147,75
1883.....	»	168,75	1893.....	»	142,50
1884.....	»	162,50	1894.....	»	138,75
1885.....	»	147,50	1895.....	»	140,00

(2) *Statesman's year-book*, 1896, pág. 78.

nece, hablando en términos generales, sin alteración durante los últimos veinte años, los altos precios que antes de esa época se obtenían por los artículos exportados, y con ellos las grandes utilidades que proporcionaban, han desaparecido para siempre.

Y no habrá cálculo aritmético que persuada á los industriales británicos de lo contrario. Ellos saben perfectamente que el mercado interior se hace cada día más pletórico; que los mejores del extranjero se le van de las manos, y que en los neutrales la competencia se hace sentir. Esta es la inevitable consecuencia del desarrollo de la industria en el mundo entero.

Grandes esperanzas se fundan en Australia, considerada como mercado para los géneros británicos; pero ella hará lo que ya está haciendo el Canadá, fabricará también. Habiendo contribuido poderosamente la última Exposición colonial, al enseñar al «colono» lo que puede y debe hacer, á acelerar el día en que cada colonia *fara da* se á su vez. Ya el Canadá y la India imponen derechos de entrada á los géneros británicos. Y respecto á los mercados del Congo, de los que tanto se ha hablado, y los cálculos y promesas de Stanley, ofreciendo un consumo de 650.000.000 de francos al año si los fabricantes del condado de Lancaster proveían á los africanos de fajas, me parecen de la misma índole y tan ilusorios como los famosos gorros de dormir de los chinos, que debían enriquecer á Inglaterra después de la guerra con aquel Imperio. Pero los chinos prefieren los gorros hechos en el país; y en cuanto á las gentes del Congo, cuatro pueblos, por lo menos, luchan entre sí por el suministro de sus pobres trajes: la Gran Bretaña, Alemania, los Estados Unidos, y la última de todas, aunque no la menos importante, la India.

PEDRO KROPOTKIN.

(Traducción de Fermín Salvochea.)

CIENCIA Y ARTE

LA HERENCIA PSICOLÓGICA

II

LA VISTA

La vista es el más intelectual de todos los sentidos, el más importante para la ciencia y para el arte. Es inútil demostrarlo. Recordemos sólo que la ceguera accidental puede conducir á la locura. La ceguera congénita influye ciertamente sobre el espíritu: la imaginación del ciego de nacimiento, que sólo está llena de sensaciones táctiles, no se puede parecer á la nuestra, en que predominan las sensaciones visuales. Así, pues, desde el punto de vista puramente psicológico, vale la pena de estudiar la herencia de los modos sensoriales de la vista.

Las variedades individuales de este sentido pueden agruparse en tres estados, según que se refieran á causas mecánicas, á una anestesia ó á una hiperestesia del elemento nervioso. Todas estas anomalías son transmisibles por herencia

I.—Las particularidades de la visión que proceden de causas mecánicas, son el estrabismo, la miopía y la presbicia. Nada más frecuente que su transmisión. En general debemos á causas hereditarias la conformación de nuestro aparato óptico, y, por consiguiente, el alcance corto ó largo de nuestra visión.

Portal, en sus *Considérations sur les maladies de famille*, señala un estrabismo incompleto, llamado la herencia de la vista á la Montmorency, casi todos los miembros de cuya familia estaban atacados de él.

Uno de los casos más chocantes del influjo hereditario sobre la visión, es el número siempre creciente de los miopes en los pueblos entregados á los trabajos intelectuales. Lo que produce la miopía, dice Mr. Giraud-Teulon, es el trabajo asiduo y de cerca (1). Dondere, recorriendo datos estadísticos, observó con asombro que la miopía es una enfermedad de las clases ricas; que los habitantes de las ciudades le pagaban un gran tributo; que los del campo casi estaban exentos de él. En Francia, los consejos de revisión han hecho la misma observación. En Inglaterra, en la escuela militar de Chelsea, de 1.300 niños. sólo 3 eran miopes. Pero en los colegios de Oxford y de Cambridge, el número de los miopes es considerable; sólo en Oxford, 32 de 127. En Alemania los resultados son todavía más decisivos. El doctor Cohn, de Breslau, se ha impuesto la tarea de examinar en las escuelas de su país los ojos de 10.000 escolares ó estudiantes: de este número ha encontrado 1.004 miopes, ó sea un décimo. En las escuelas de aldea son poco numerosos. En las escuelas urbanas el número de los miopes se eleva en proporción del grado eximente de las escuelas: escuelas primarias, 6, 7; escuelas medias, 10, 3; escuelas normales, 19, 7; gimnasios y universidades, 26, 2 por 100. Esto explica por qué en Alemania la miopía no es una causa eximente en los consejos de revisión. Como la lectura asidua crea la miopía y la herencia la perpetúa frecuentemente, el número de los miopes debe necesariamente aumentar en una nación entregada á los trabajos intelectuales. «Es un hecho probado, dice Liebreicht, que la miopía va en continuo aumento en los países civilizados.»

II.—La anestesia de los elementos nerviosos de la visión, en todos sus grados y bajo todas sus formas, es transmisible. Se sabe que la sensibilidad del ojo á la luz es muy diferente según los individuos. Puede variar hasta el doble y, por consiguiente, recorrer todos los grados intermedios. La herencia transmite estas desigualdades, desde la anestesia parcial hasta la anestesia total, la ceguera, en que el ojo, incapaz de percibir las formas y los colores, no tiene ya más que una vaga percepción de luz.

En las cavernas de Carniole y de Kentucky viven animales pertenecientes á las razas más diversas, y todos ciegos. Los representantes de esta fauna subterránea, cuya habitación está menos lejana de la abertura exterior, han conservado con una percepción vaga de la luz las partes integrantes del órgano visual, que sufre fases de degradación crecientes en los habitantes de las regiones más profundas, cuya órbita concluye por no contener más que el muñón de un ojo ausente. Una misma causa, la falta de ejercicio, ha obrado durante mucho tiempo sobre las generaciones sucesivas, y sus efectos parciales han ido acumulándose lentamente por la herencia (2).

Un piscicultor muy conocido, M. Carbonnier, ha presentado á la Academia de Ciencias peces monstruosos, en los cuales había determinado la exoftalmía, colocándolos en condiciones particulares de iluminación. Este adorno artificial se reproduce

(1) *Revue des cours scientifiques*, 3 Septiembre 1870.

(2) Guillemot, *De l'hérédité de quelques lésions acquises* 1873, página 9.

exactamente y podría describirse como un carácter específico por naturalistas que ignorasen las circunstancias de su primera manifestación (1).

Los criadores (Huzard, Pichard) han hecho observar que sería fácil crear una raza de caballos ciegos. Habiéndose quedado ciego por accidente un soberbio caballo padre, todos los que nacieron de él se quedaron ciegos antes de los tres años.

En el hombre, la ceguera congénita puede ser de familia. Ocurre á veces que los ciegos engendran hijos ciegos. Un mendigo ciego engendró cuatro niños y una niña que nacieron ciegos todos (2). Dufau, en su trabajo sobre los ciegos, cita 21 atacados de ceguera desde su nacimiento ó poco después, y cuyos ascendientes, padre, madre, abuelos, tíos, tenían alguna afección grave de la vista.

La amaurosis, la nictalopia, la catarata de los padres, puede convertirse en ceguera en los hijos; estas transformaciones de la herencia no son raras en los animales.

En los grabadores y los relojeros, la catarata comienza por el segmento infero-interno de la cápsula. Esta marcha es interesante de notar, porque esta lesión, transmitida á los descendientes, se repetirá bajo la misma forma, aunque tengan otra profesión (Galezowski) (3).

La incapacidad de distinguir los colores, conocida bajo el nombre de *daltonismo*, es notoriamente hereditaria. El ilustre químico inglés Dalton estaba atacado de ella, lo mismo que dos de sus hermanos. M. Segdwick ha encontrado que el daltonismo se manifiesta con más frecuencia en los hombres que en las mujeres. En ocho familias enlazadas, el daltonismo ha persistido durante cinco generaciones y ha atacado á 71 individuos (4).

Fácil es comprender que semejante anomalía de la visión no deja de tener influjo sobre el espíritu, por lo menos desde el punto de vista estético. Un viejo que, desde su infancia, había notado que no podía llamar á los colores por su nombre, se desesperaba «de no ver en los cuadros más que un aspecto gris y sombrío; en un panorama, un humo obscuro; en el amanecer, en la puesta del sol, en los más ricos matices del arco iris, en las más magníficas escenas de la naturaleza, un tinte inanimado, una fría y descolorida uniformidad» (5).

III.—En ciertas razas y ciertas familias, la visión parece dotada de una potencia extraordinaria. «La inferioridad de los europeos comparados con los salvajes en cuanto á la vista y á los otros sentidos, es, sin duda alguna, efecto de la falta de uso, acumulada y transmitida durante un gran número de generaciones; porque Rengger dice que ha observado varias veces europeos educados entre los indios salvajes, que habían pasado con ellos toda su vida, y que sin embargo no les igualaban por la agudeza de sus sentidos» (6).

Darwin ha notado que los habitantes de la Tierra del fuego, cuando estaban á bordo de su navío, podían ver objetos lejanos mucho más claramente que los marineros ingleses, á pesar de su larga práctica. Evidentemente, esta es una cualidad, adquirida, acumulada y fijada por la herencia.

Se ha notado con frecuencia, según el viajero Pallas, la perfección asombrosa de

(1) Guillemot, *ibid.*

(2) Lucas, I, 404.

(3) Para otros hechos, véase Darwin, *Variation*, etc., t II, 24, y Lucas, t. II, 492.

(4) Darwin, *Variation*, t. II, p. 30.

(5) Sobre el daltonismo, véase el importante trabajo de MM. Delboeuf y Spring, *Revue scientifique*, 23 Marzo 1878.

(6) Darwin, *Descendance de l'homme*, I, 126.

los sentidos en los mongoles de las llanuras del Norte: podían ver á simple vista los satélites de Júpiter.

Es casi inútil hacer notar que la herencia rige siempre la visión bajo su forma *específica* y que la duda no era posible más que para las variedades individuales. Así, todas las especies de animales, desde el águila hasta la lechuza, desde el gusano con sus puntos oculares hasta la araña con sus ojos de facetas, tienen un aparato visual de una estructura, de una potencia óptica que les es propio y que la herencia conserva y transmite como todos los demás caracteres específicos.

III

DEL OÍDO

Sin tener la importancia científica y estética de la vista, el oído es, sin embargo, uno de nuestros principales sentidos. Sirve de base á una ciencia, la acústica; á un arte, la música; finalmente, lo que es todavía más importante, hace posible el lenguaje articulado, la palabra y, por consiguiente, el pensamiento reflexivo. Suprimid el oído y suprimiréis la palabra; suprimid la palabra y suprimiréis el pensamiento con todo lo que resulta de él.

El oído puede tener, como la vista, su hiperestesia, su anestesia parcial y su anestesia total, la sordera. Hemos visto que hay ojos que no pueden distinguir ciertos colores; igualmente hay oídos que no pueden percibir ciertos sonidos. Wollaston ha visto individuos insensibles á todos los sonidos superiores é inferiores á la escala diatónica.

La sordo-mudez congénita tiene, sobre el desarrollo de la inteligencia, un influjo cuyos funestos efectos son bien conocidos, y que sólo pueden remediarse con el empleo de signos artificiales. Si esta enfermedad es transmisible, puede decirse que, mediante ella, la herencia penetra en lo que la inteligencia tiene de más esencial. Pero esta forma de herencia ha sido muy discutida.

El doctor Ménière, en un trabajo especial sobre la cuestión, aun reconociendo que se ha podido comprobar cierto número de veces la herencia directa é inmediata de la sordo-mudez, añade: «Se debe decir, sin embargo, que estos hechos constituyen una rara excepción, y que habitualmente los sordo-mudos casados con sordo-mudas tienen hijos que oyen y hablan. Esto es cierto, con más razón cuando el matrimonio es mixto, es decir, cuando uno solo de los esposos es sordo-mudo, y sin embargo, aun en este caso hay ejemplos de herencia bien comprobados (1)». Darwin dice también: «Cuando un sordo-mudo, de uno ó de otro sexo, se casa con una persona sana, es raro que los hijos presenten aquella enfermedad. En Irlanda, de 203 niños cuyos padres se encontraban en ese caso, uno solo era mudo. Y aun en los casos de sordo-mudez de ambos genitores, de 41 matrimonios en los Estados Unidos y seis en Irlanda, no nacieron más que dos niños sordo-mudos (2)». M. Sedgwick, que en Inglaterra ha estudiado detenidamente la cuestión de la herencia, comentando este hecho, cree poder atribuir la no trasmisión de la sordo-mudez en línea directa á que «su exceso mismo trastorna la acción de alguna ley natural de desarrollo.»

Por el contrario, ciertos autores admiten que la sordo-mudez es siete veces más

(1) *Recherches sur l'origine de la surdi-mutité*, por el Dr. Ménière.

(2) Darwin, *Variations*, II, 23.

frecuente cuando el padre y la madre son sordo-mudos que cuando uno solo padece tal afección (1).

Debemos notar que las observaciones hechas en la Institución de sordo-mudos de Londres son bastante concluyentes en favor de la herencia. De 148 alumnos que allí había, se encontraban: uno en cuya familia había cinco sordo-mudos; otro de una familia en que había cuatro; once, cada uno de los cuales tenía tres en su familia; diecinueve con dos cada uno en la suya.

En una familia, que conocemos personalmente, siendo ambos genitores sordo-mudos, sus hijos son sanos; pero la sordo-mudez ha reaparecido en la generación siguiente, en los nietos.

Es posible, por lo demás, que, en el caso que nos ocupa, la ley de la herencia esté menos alterada de lo que parece á primera vista. La sordo-mudez de los ascendientes puede metamorfosearse en los descendientes en una enfermedad de otra forma: oído duro, obtusión de las facultades mentales, y aun idiotismo. El anatómico Menckel ha presentado varios ejemplos; pero estudiaremos más tarde este punto obscuro de las metamorfosis ó transformaciones de la herencia.

Nos parece más natural exponer, bajo el título de la imaginación, la herencia de las facultades musicales. Veremos que no hay quizás talento artístico que ofrezca casos más concluyentes de transmisión hereditaria (los tres Mozart, los dos Bethoven, más de ciento veinte miembros de la familia de Bach). Pero concediendo cuanto se quiera al influjo de la imaginación y de las facultades intelectuales, hay que conceder que el talento musical no existe sin cierta disposición del oído. La educación no consigue nada, ó muy poca cosa; la naturaleza es la que da un buen oído. La incontestable herencia de la aptitud para la música implica, pues, forzosamente la herencia de ciertas cualidades del oído. Observemos que nuestra conclusión se extiende á los ejecutores tanto como á los compositores.

CH. RIBOT.

Director de *La Revista Filosófica* de París.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

Serie de invenciones.—El incendio del palacio de la emperatriz en Pekin.—Los edificios incombustibles.—Iglesia y teatro en llamas.—La quiebra de la ciencia y también la de la fe.

Los inventores van de prisa.

En la última remesa de invenciones abre la marcha el doctor Francis-Alexandre Barton, de Beckenham, cerca de Londres, quien manifiesta haber inventado un globo militar perfectamente dirigible, contra el cual quedarán absolutamente indefensos los ejércitos mejor organizados. Acabo de saber que el *War Office* ha ofrecido al doctor Barton comprar su máquina si los resultados de los experimentos oficiales corresponden á las promesas del inventor. He tenido la satisfacción de hablar con el inventor, quien me ha manifestado que tiene confianza absoluta en el éxito de los próximos experimentos. Sin intención de desanimar al laborioso doctor, quien al mismo tiempo

(1) *Dictionnaire de médecine et de chirurgie pratig.*, art HÉRÉDITÉ, p. 462.

es un perfecto *gentleman*, me parece prudente esperar el resultado de estos experimentos antes de decidirme á participar de su optimismo.

Viene luego un joven español, el Sr. Vergara, que pretende haber resuelto completa y perfectamente el problema de la navegación aérea por medio de una máquina volante. Tan adelantado va este trabajo, que los señores Denny hermanos, mecánicos escoceses, han terminado ya la construcción de la máquina, que se ha de ensayar en la próxima Exposición de Glasgow.

De los Estados Unidos llega una importantísima noticia: un diario de Washigton anuncia que se ha llegado á fijar el ázoe del aire por medio de la electricidad. Los que conocen los trabajos de sir William Crookes y las palabras pronunciadas por este sabio en la Royal Society sobre el gran peligro que nos amenaza, comprenderán toda la importancia de tal descubrimiento.

Sir W. Crookes ha demostrado con números que la tierra se agota, que el abono natural de que disponemos será pronto insuficiente y que el azote del hambre nos acecha, á menos que encontremos el medio de fijar el ázoe de ese inmenso depósito de nitrógeno llamado atmósfera. El ázoe ó nitrógeno es, en efecto, la base de todos los abonos; pero sólo existe un número, relativamente corto, de nitratos naturales, y las minas que los contienen, aunque ricas, distan mucho de ser inagotables. Por lo mismo el descubrimiento que se anuncia asegurando para siempre la fertilidad de las tierras, será un beneficio inapreciable para la humanidad.

Por último, comunican de Ginebra al *Daily Express*, de Londres, que un suizo aficionado á la fotografía, M. A. Gartner, acaba de descubrir el secreto de la fotografía en colores, habiendo obtenido, por un procedimiento muy sencillo, retratos de notable belleza en papel, porcelana y cristal; estos últimos, verdaderas maravillas, presentando á la perfección los más ínfimos detalles.

El *Pund*, uno de los periódicos más serios de la Suiza alemana, concede excepcional importancia al descubrimiento de M. Gartner y cree que empieza una nueva era para el arte fotográfico; añade que una importante casa de París ha enviado un representante á Berna con objeto de comprar el secreto de M. Gartner.

*
* *

Hace observar la prensa la rara coincidencia de que el primer gran incendio ocurrido en Pekin desde la ocupación de los extranjeros, se haya desarrollado precisamente en un edificio cuyos materiales ignífugos debían asegurarle una inmunidad perfecta.

La coincidencia pierde gran parte de su interés si se considera que el palacio «incombustible» era nada menos que la residencia del generalísimo teutón Waldersee, ese civilizador extraño que no cesa de organizar expediciones ridículas y de pedir cabezas de vencidos. A pesar de la incombustibilidad, si no hubiera sido por la conducta heroica del coronel Marchand y de sus hombres, el generalísimo y su estado mayor hubieran perecido entre los escombros y las cenizas del palacio.

El hecho demuestra que no se ha encontrado aún el medio de resistir ciertas temperaturas, y que hay casos en que los mejores inventos ignífugos son impotentes ante el fuego.

No es esta la primera vez que se experimenta semejante decepción: hace ya tiempo, el incendio del gran teatro de Cleveland, en los Estados Unidos, probó que las precauciones más minuciosas son insuficientes para evitar con certidumbre una catástrofe,

aun en los edificios reputados como incombustibles, como lo era dicho teatro. ¡Vaya una incombustibilidad! En tres cuartos de hora el edificio quedó reducido á un montón de cenizas, y tal fué la intensidad del fuego, que—no sé si á causa ó á pesar de esa voluntad que se atribuye á lo que se llama Dios—carbonizó igualmente una iglesia vecina.

Ya hace años de esto (se trata de 1884); pero las suaves preferencias de aquel supuesto Señor hacia sus fieles se manifestaban entonces de una manera tan patente y admirable como en nuestros días; la iglesia era una maravilla arquitectónica; el teatro «incombustible tenía fresca esa apreciable cualidad, pues apenas contaba dos meses de existencia.

Habíanse adoptado en su construcción todas las medidas reconocidas como infaliblemente necesarias respecto á seguridad; el sabio ingeniero francés M. Philipe Delahaye publicó á la sazón interesantes artículos en la *Revue Industrielle* respecto de este asunto. El escenario estaba separado de la platea por un muro de proscenio de ladrillos que sobresalía dos metros del techo; el telón, por supuesto, era también incombustible.

El ladrillo y el amianto reemplazaban á la madera en cuanto era posible, y las escaleras interiores eran todas de piedra ó de hierro. La cúpula sobre la platea era de tela metálica y de conformidad con las recomendaciones de los hombres de ciencia, y el techo del escenario estaba construido de modo que, en caso de incendio, diera libre paso al exterior á las llamas y al humo. Además, en los puntos á propósito de la sala y de la escena había los correspondientes depósitos de agua y cañerías que cruzaban en todas direcciones.

En Pekín las causas del desastre han quedado, según dicen, en el misterio... La casualidad es la culpable, no cabe duda.

En Cleveland se supo que el incendio fué causado por un escape de gas cerca del contador. Sobrevino una explosión cuando el conserje abrió la puerta del cuarto donde estaba el aparato, y las llamas se extendieron con rapidez.

El mecánico estaba en su punto; corrió á las bombas y las puso en marcha; á los pocos minutos el escenario y las decoraciones eran una hoguera. Cundió la alarma, llegaron rápidamente los socorros de todos los puntos de la ciudad; pero todos los esfuerzos fueron inútiles, y una hora después no quedaba más que la fachada y las paredes, preservadas por la naturaleza misma de los materiales.

Todas las medidas se tomaron antes, en el acto y después. —Claro está, la quiebra de la ciencia—diría cualquier Brunetiere de por ahí.

Sí, pero la iglesia vecina, para cuya construcción se habían empleado substancias ignífugas, dejó, como el teatro, su fachada y sus paredes, después de arder como un montón de virutas.

Pues... la recíproca: la quiebra de la fe.

TARRIDA DEL MARMOL.



LOS MALOS PASTORES

DRAMA EN CINCO ACTOS

(Continuación del cuarto.)

Voces numerosas. ¡Sí, sí! ¡Habla más, Magdalena!

Magdalena. ¡Marchemos, pues, hacia esa patria! Juan conoce el camino que conduce á ella. ¡Marchemos, marchemos con él, y abandonemos á quienes tienen las manos manchadas con sangre de pobre! ¡Marchemos, sí! En el camino caeremos muchas veces sobre nuestras rodillas destrozadas. Pero ¿qué importa? Nos levantaremos, andaremos más... más... ¡La justicia está al fin!

La multitud. ¡Sí, sí!

Una voz. ¡No nos abandones, Magdalena!

Otra voz. ¡Te seguiremos hasta el fin!

Otras voces. ¡Sí, te seguiremos!

Magdalena. Y no temáis nunca á la muerte. Amadla, al contrario... La muerte es espléndida, necesaria, divina; es el germen de la vida. ¡Y no lloréis más! Hace muchos siglos que derramáis lágrimas, y nadie hace caso de vuestras penas, nadie se conmueve al oír vuestros sollozos. Ofreced vuestra sangre. La sangre produce una mancha infamante en la frente de los verdugos, y en la de los mártires centellea como reflejos de eterno sol. Cada gota de sangre que cae de vuestras venas, cada chorro que salga de vuestros pechos, hace nacer un héroe, un santo, (*señalando la cruz*) un Dios. ¡Ah, yo quisiera tener mil vidas para darlas todas! ¡Quisiera tener mil pechos porque toda la sangre de libertad y de amor empapara esta tierra en la que tanto sufrís! (*Emoción inmensa. Éxtasis en las miradas.*)

Una voz. ¡Queremos morir! ¡Sabemos morir!

La multitud. ¡Sí, sí!

Magdalena. Por fin veo reaparecer vuestras almas verdaderas. Me siento dichosa, dichosa. ¡Lo que ha pasado hace un momento no ha sido más que palabras, afortunadamente! Lo que necesitamos ahora son actos.

La multitud. Sí, sí. ¡Viva Magdalena! ¡Viva! ¡Viva!

Magdalena. ¡Ah! No gritéis «viva Magdalena». ¡Aquí no soy tal; soy el alma de ese á quien hace un momento amenazabais de muerte! Gritad ¡viva Juan Roule! Probadme que le perdonáis su violencia, como él ha perdonado ya vuestras injurias, vuestras sospechas.

La multitud. ¡Viva Juan Roule! ¡Viva Juan Roule! ¡Viva Magdalena!

(*Felipe Hurteaux no grita; queda en actitud amenazadora.*)

Magdalena. (*A Felipe.*) ¿Y tú, Felipe Hurteaux?

Felipe Hurteaux. Yo... no... (*Hace un ademán de violencia.*)

Magdalena. (*Con dulzura.*) Felipe, ¿has olvidado que nos conocemos mucho nosotros dos? Cuando yo era pequeña te gustaba venir conmigo é íbamos juntos por los campos y los bosques. De las orillas de los caminos cogías flores y me las coloca-

bas en el cabello. Cuando los niños me pegaban, tú me defendías como un león... Eras bueno, bravo y gentil. ¿Es que no te acuerdas ya de todo esto?

Felipe Hurteaux. (*Embarazado.*) Sí, Magdalena... me acuerdo...; pero ahora...

Magdalena. (*Interrumpiéndole.*) Ahora eres un hermoso y robusto mozo y tu corazón continúa siendo el mismo, bueno y ardiente como en aquel tiempo. ¡Haz, pues, paces con Juan y dale tu mano!

Felipe Hurteaux. ¡Magdalena, Magdalena, no me pidas eso!

Magdalena. (*Con dulzura.*) ¡Dale tu mano, sí; dale tu mano, te lo ruego!

La multitud. ¡Sí, sí; Magdalena tiene razón!

Felipe Hurteaux. (*Vacila un momento; vencido al fin, da la mano.*) Pues bien... ¡sí!... (*Los dos hombres se abrazan. Entusiasmo en la multitud.*)

Magdalena. Y que esto sea el signo de nuestra reconciliación; que esto sea el pacto de unión que nadie en lo sucesivo pueda romper. ¿Lo juráis?

La multitud. ¡Sí, sí; lo juramos! ¡Viva Magdalena! ¡Viva Juan Roule! ¡Viva la huelga!

Un anciano. (*Al pie de los escalones.*) Tú eres nuestra buena madre, Magdalena. (*El entusiasmo llega en este momento al apogeo; las mujeres, sentadas sobre las gradas de la cruz, levantan sus niños hacia Magdalena.*)

Magdalena. (*Cogiendo á Juan de la mano.*) Ahora retiraos, volved á vuestros hogares. (*Con su brazo libre señala á los huelguistas la dirección de la población.*) ¡Y mañana!

La multitud. ¡Sí, sí, sí!

Magdalena. ¿Nos seguiréis á los dos?

La multitud. ¡Sí, sí, sí!

Magdalena. ¿Hasta la muerte?

La multitud. ¡Hasta la muerte!... ¡Hasta la muerte! (*Entusiasmo de nuevo.*)

Magdalena. Pues bien, ¡hasta mañana! ¡Todos delante de la fábrica!

La multitud. ¡Todos, todos! ¡Viva la huelga! (*La multitud desaparece lentamente por todos los caminos.*)

ESCENA III

MAGDALENA, JUAN ROULE

(Juan Roule y Magdalena se han quedado sobre la plataforma. Cuando el gentío ha desaparecido, bajan las gradas lentamente.)

Juan Roule. (*Atrae á Magdalena hacia sus brazos; la abraza; llora.*) ¡Tú ves; soy yo quien llora, quien llora en tus brazos como un niño!

Magdalena. ¡Te amo, Juan mío!...

Juan Roule. Eran lobos y los has convertido en corderos; cobardes y has hecho de ellos héroes. ¿Qué poder es el tuyo, vida mía?

Magdalena. ¡Te amo! ..

Juan Roule. ¡Querían matarme y tú me has salvado de sus iras!

Magdalena. ¡Te amo!...

Juan Roule. ¡Magdalena! ¡Magdalena! Mujer de corazón sublime, tú eres de esos elegidos que, como en épocas lejanas, salían de los abismos del pueblo para resucitar el muerto entusiasmo y la fe abatida... Tu eres...

Magdalena. (*Estrechando á Juan contra su pecho y besándole en la boca.*) ... La que

te ama mucho... y nada más, Juan querido! (*Se ponen en marcha, siempre enlazados; lentamente se introducen en el bosque; desaparecen.*)

TELÓN

FIN DEL CUARTO ACTO

ACTO V

La escena representa una plaza de la población. En primer término, y en toda la longitud de la escena, un recinto rodeado de una pared muy baja, sobre la cual habrá una verja de hierro. Muchos barrotes se verán rotos, doblados, fuera de su sitio... Un viejo cartel: *Se alquila para almacén* se ve todavía suspendido en los hierros. En medio de la verja se abre una puerta que da á la plaza, y del otro lado de la plaza, por una calle que se prolonga á bastante distancia, se ve á su extremo los talleres incendiados llameantes aún. A derecha, y dentro del recinto, rodeado de verja, un cobertizo adonde llevan cadáveres... En las casas se ven las señales de una batalla reciente. Las ventanas están cerradas; las puertas de los establecimientos rotas, agujereadas. El sol en todo su esplendor brilla sobre todos estos detalles de lucha y sobre la población entera, triste y negra, envuelta siempre en una atmósfera de carbón.

Al levantarse el telón la plaza está desierta. Conducidos por la guardia civil, una larga cuerda de prisioneros atraviesa la escena. Se abren ventanas y aparecen ansiosas algunas cabezas. Algunos comerciantes se presentan, llenos de curiosidad y de espanto, en el umbral de sus tiendas y miran en la dirección por donde llevan la cuerda de huelguistas. Dos camillas, cubiertas de tela gris y llevadas cada una por dos hombres, penetran en el recinto. Los camilleros levantan la tela, depositan los muertos en el cobertizo, alineados y en orden.. Un curioso, medio obrero y medio burgués, llega hasta la puerta de la verja y mira.

ESCENA I

EL CURIOSO, LOS CUATRO CAMILLEROS

El curioso. ¿Es que quedan muchos todavía?

Primer camillero. Tal vez una decena.

El curioso. ¿Y los heridos?

Primer camillero. En el hospicio, en el presbiterio, en el ayuntamiento, en todas partes.

Segundo camillero. Se dice que hay unos cuarenta muertos entre los escombros de la fábrica (*señala la fábrica*) y los que trasportan además á la sala del baile Faquier (*Meneando la cabeza.*) ¡Y esta vez no ha sido para danzar!

El curioso. ¿Que todo ha concluído ya, dice usted?

Primer camillero. Sí, eso dicen; parece ser que se han entregado todos.

El curioso. Ya era hora. (*Mirando los cadáveres.*) Sin embargo, esto da lástima.

Segundo camillero. Ya lo creo. Ha sido una gran desgracia.

Primer camillero. Yo los he visto en la barricada, cerca de la iglesia... Bravos, muy bravos, ¿sabe usted? Eran quinientos ó más en la barricada, y movían un ruido infernal. Magdalena y Juan Roule estaban delante, en primer término, agitando cada uno entre sus manos una bandera roja. Valientes, muy valientes, á la altura de las circunstancias... En esta situación, apareció entre la tropa y los huelguistas, sofocado y con los ojos saltando de sus órbitas, el señor Roberto.

Curioso. ¿Qué señor Roberto es ese?

Primer camillero. Roberto Hargand.

Curioso. ¿El hijo del amo?

Primer camillero. ¡El mismol

Curioso. ¡Ah!... ¿Y qué?

Primer camillero. Pues empezó á gritar, haciendo ademanes, dirigiéndose á un lado y á otro; á la tropa y á los huelguistas. Pero imposible entender nada, por más que la tropa no estaba á más de veinte pasos de la barricada. Sólo parecía adivinarse que decía á unos y á otros: «¡Detenerse! ¡Detenerse!»

Curioso. ¿Y qué sucedió?

Primer camillero.—Pues de repente disparan una pistola los de la barricada, y una lluvia de piedras, pedazos de hierro y qué sé yo cuántas cosas más, cayeron sobre los soldados. Y ¡oh, horror! No fué necesario nada más. El capitán hizo sonar las tres intimaciones, y «¡Fuegol» ¡Magdalena, Juan Roule, sus banderas y Roberto, con una treintena de compañeros, cayeron muertos ó heridos! Pero las líneas se reforzaron, y estos huelguistas rabiosos empezaron á gritar y á cantar con más fuerza. La tropa, ciega, continuó haciendo descargas cerradas, y el capitán gritó «¡Adelantel» ¡Ah! ¡Lo que sucedió es muy difícil de relatar; sólo puedo deciros que tuvieron que luchar á la desesperada todos los soldados para quedarse dueños del terreno! *(Se quita la gorra para limpiarse el sudor.)* ¡Dios, qué calor hace! *(Al otro camillero.)* Dame la cantimplora. *(Bebe.)*

Curioso. ¿De modo que el señor Roberto...?

Primer camillero. ¡Clarol *(Hace un signo afirmativo y se pone la gorra.)*

Curioso. ¡Oh, eso es demasiado, sí, demasiadol Y el amo, ¿qué dice ahora el amo?

Primer camillero. No le hemos visto todavía; pero es de suponer que no debe estar muy contento.

Curioso. Seguramente... ¿Han encontrado el cadáver de su hijo?

Primer camillero. No; debe estar con los otros allá, en el terreno de la lucha. *(Los camilleros cogen las parihuelas y se marchan. El curioso se queda mirándoles. Una mujer con dos niños se pasea rozando la verja.)*

ESCENA II

MARIANA RENAUD, EL CURIOSO

Mariana. *(Al curioso.)* Vengo por mi marido. ¿Está por aquí?

Curioso. *(Designando el cobertizo.)* ¡Pobre mujer! Véalo usted. *(Se marcha hacia la plaza.)*

Mariana. *(Atraviesa el recinto sollozando.)* ¡Dios mío, Dios mío! *(Entra en el cobertizo. La plaza empieza á animarse. El curioso les cuenta lo que acaba de saber. Gestos animados. Llegan otras mujeres y atraviesan también el recinto gimiendo, y penetran en el cobertizo.)*

ESCENA III

LAS MUJERES, UN NIÑO, EL CURIOSO

Un niño de unos diez años, aparece llevando de la mano á un hermanito mucho más pequeño, casi desnudo; se para ante el curioso, y con voz clara y animosa le pregunta:

El niño. ¿Dónde están los muertos, caballero? *(El curioso señala el cobertizo; el niño atraviesa el recinto y penetra en él.)*

ESCENA IV

LAS MUJERES, LA MADRE CATHIARD, LUIS THIEUX, LUEGO MAGDALENA

Llegan sucesivamente más mujeres. Unas solas, otras con niños; todas franquean la verja, atraviesan el recinto y se dirigen al cobertizo. Algunas reconocen entre los muertos á sus esposos, hermanos, hijos y padres. Gritos, lamentaciones. Se arrodillan ante los cadáveres y sollozan.

Entra la madre Cathiard sosteniendo á Luis Thieux. Mira primero á su alrededor. Thieux parece completamente un viejo. Su espalda, curvada; puede apenas andar; los ojos sin expresión están hundidos en la cabeza.

Madre Cathiard.—Aquí hay un banco, estás muy cansado, siéntate y me esperas hasta que vuelva. (*Conduce á Thieux al banco, en el que ya está sentada una anciana, triste, silenciosa, esperando también.*)

Thieux. (*Marchando.*) ¿Qué es lo que dices tú? ¿Qué? ¿Qué vamos á la fábrica?

Madre Cathiard. (*Le hace sentar cerca de la mujer.*) Ten cuidado de él; tiene la cabeza completamente perdida el pobre hombre. Yo no podía dejarle sólo en casa. (*Vuelve á mirar á su alrededor.*) ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué horrible es todo esto! (*La anciana no se ha meneado, la madre Cathiard se dirige hacia donde están los muertos.*)

Thieux. (*Sin dirigirse á nadie.*) ¿Qué es lo que tu dices? (*Mira vagamente á cuanto le rodea.*) ¡Ah, sí! ¡Hoy es la paga!... ¡Es la paga! (*Continúan entrando mujeres. El recinto empieza á llenarse. Con su mirada sin expresión, Thieux examina durante algunos minutos á la vieja que tiene á su lado. Luego vuelve la cabeza y se queda inmóvil, curvado, sin decir palabra. No se oyen más que lamentos de mujeres.*)

Madre Cathiard. (*Bajo el cobertizo; mirando á los muertos. Un gran grito.*) Pero... ¿qué es lo que veo! ¡Si es Magdalena, si es Magdalena!

Thieux. (*Al oír Magdalena vuelve la cabeza hacia la vieja.*) ¡Magdalena! ¿Qué es lo que tú dices? ¿Por qué dices que eres Magdalena? Tú sabes bien que no eres Magdalena. (*Mueve la cabeza y cae en su actitud de postración.*)

Madre Cathiard. (*Bajo el cobertizo*) ¡Y no está muerta!... ¡Magdalena no está muerta! (*Llantos de las mujeres.*) Menea la boca, palpita su corazón. (*Intenta levantarla.*) ¡Ayudadme, ayudadme! (*Ninguna la ayuda.*) Soy demasiado vieja, no tengo bastante fuerza. ¿Pero por qué no me ayudái? Os aseguro que no está muerta. (*Por fin, algunas que no han encontrado ninguno de los suyos entre los muertos, se deciden á ayudarla, Levantan á Magdalena, cuyos cabellos están amasados con sangre.*) ¿Veis cómo abre los ojos? No podemos dejarla aquí. Llévemola al banco. (*La llevan al banco. La vieja se levanta y se marcha, insensible. Thieux continúa curvado, mirando á tierra. Las mujeres sostienen en sus brazos el busto de Magdalena.*) ¡Magdalena! ¡Magdalena!

Luis Thieux. (*Al oír el nombre de su hija levanta la cabeza y no la reconoce. Mira el recinto y la plaza llena de gente.*) ¡Hoy es la paga! (*Vuelve á su actitud.*)

Madre Cathiard. Ya empieza á volver en sí. (*Magdalena suspira fuerte.*) Está herida en la cabeza, pero la herida no es profunda. (*A los curiosos que miran por la verja.*) Traedme agua. (*Un curioso se marcha y vuelve algunos minutos después con agua y paños para curarla.*) ¡Qué pegados tiene los cabellos! (*A las mujeres.*) Aflojadle el corsé. (*La madre Cathiard curando la herida.*) ¡Magdalena! ¡Magdalena, soy yo! (*En este momento entra Hargand con la cara descompuesta. Le siguen Maigret y otros personajes importantes de la fábrica.*)

OCTAVIO MIRBEAU.

(*Continuará.*)

(Traducido por Antonio López.)

PARIS

(Continuación.)

¿Qué sucedió entonces? Más tarde Pedro recordó que un furgón del camino de hierro del Oeste se había colocado de través en la calle, deteniendo un minuto al landó; mientras que la modista desaparecía bajo la puerta. Había visto con el corazón oprimido á su hermano Guillermo lanzarse á su vez y entrar en el palacio como impelido por una revelación, por alguna brusca certidumbre; mientras que él, sin comprender nada, presentía que iba á producirse algo espantoso. Quiso correr y gritar, pero estaba como clavado en el suelo, y parecía tener la garganta oprimida por una mano de plomo. De improviso resonó como un trueno, una explosión formidable, cual si la tierra se hubiese abierto y el palacio se hubiera hundido. Todos los cristales de las casas inmediatas cayeron con estrépito, hechos añicos; una llama infernal iluminó un instante la calle; y el humo y el polvo fueron tales, que los pocos transeuntes, cegados un instante, gritaron de terror, en aquella especie de horno donde creían caer.

Entonces Pedro lo comprendió todo ante aquel relámpago: parecióle ver la bomba llenando el saco de útiles que ya no eran necesarios, y recordó aquel bulto bajo el chaquetón andrajoso, que el tomó por un pedazo de pan, recogido sobre algún banco, para llevarle á su casa, á la mujer y á la niña. Después de ser conducida de un lado á otro, amezando á todo el París feliz, acababa de estallar allí como el trueno, en el umbral de aquel palacio majestuoso donde se amontonaba el oro de la clase media soberana. Pero en aquel instante no pensó más que en su hermano Guillermo, y precipitose hacia el pórtico, donde parecía haberse abierto la boca de un volcán. Al pronto no distinguió nada, pues un espeso humo ocultaba todo; pero después vió las paredes agrietadas, el piso superior destrozado, el suelo hundido y lleno de escombros; mientras que fuera, el landó que iba á entrar no había sufrido el menor deterioro; ningún caballo estaba herido, y ni un solo proyectil había tocado la caja. Pero tendida de espaldas, la joven, la modistilla rubia que tan linda era, yacía en tierra con el vientre abierto, intacto su agraciado rostro, y entreabiertos los labios por una sonrisa que debió ser de asombro en el momento de la catástrofe. Cerca de ella veíase la caja de cartón que había rodado por el suelo, destapándose tan solo, y dando salida al sombrero, un sombrero de color de rosa, muy delicado, que se conservaba seductor con su adorno de flores.

Por un milagro, Guillermo estaba vivo, y en pie ya; pero de su mano izquierda chorreaba la sangre, pues una bala le había fracturado la muñeca. Tenía el bigote quemado, y la explosión, al derribarle, le había sacudido y magullado de tal manera, que tiritaba como por efecto de un riguroso frío. Sin embargo, reconoció á su hermano, sin admirarse siquiera de verle allí, como sucede después de los desastres, donde lo inexplicable parece providencial. Aquel hermano, perdido de vista hacía tan largo tiempo, estaba allí naturalmente, porque era preciso que estuviese; y le llamó al punto, estremeciéndose de pies á cabeza.

—¡Sácame de aquí, exclamó, sácame de aquí!.. ¡Condúceme á tu casa, á Neuilly! ¡Oh! ¡vamos pronto!

Y por toda explicación, refiriéndose á Salvat, añadió:

—Ya sospechaba yo que me había robado un cartucho, uno solo por fortuna, pues

á no ser así, todo el barrio se hubiera volado... ¡Ah! ¡infeliz! No he podido llegar á tiempo para poner el pie sobre la mecha.

Con perfecta lucidez, tal como la que algunas veces comunica el peligro, Pedro, sin hablar, sin perder un segundo, recordó que el palacio tenía una salida por detrás, á la calle de Vignon. Acababa de comprender el grave peligro en que su hermano se hallaría si se llegase á encontrar mezclado en aquel asunto; y vivamente, cuando estuvo en la sombra de la calle de Vignon, le vendó la muñeca con un pañuelo, y recomendó que la ocultase debajo de su chaquetón.

—Sácame de aquí—repetía Guillermo siempre tiritando—; vamos á tu casa de Neuilly... no á la mía!

—Sí, sí, no tengas cuidado; espérame aquí un instante, que voy á buscar un coche.

El abate había conducido á su hermano hacia el bulevard en su afán de encontrar un vehículo; pero el trueno de la explosión había trastornado todo el barrio; los caballos se encabritaban, y la gente corría á la casualidad, como enloquecida de terror. Algunos agentes de orden público habían acudido ya; la multitud se agolpaba, obstruyendo la entrada de la calle Godot-de-Mauroy, negra como un abismo, y todas las luces se habían apagado; mientras que en el bulevard, un vendedor de *La Voz del Pueblo* se empeñaba en pregonar «el nuevo escándalo de los caminos de hierro africanos, los treinta y dos vendidos de la Cámara y del Senado, y la caída próxima del ministerio».

Pedro detenía al fin un coche, cuando oyó á un transeunte que corría á decir á otro:

—¡Ah! ¡el ministerio! ¡He ahí una bomba que le arregla!

Los dos hermanos subieron al coche, que arrancó al punto. Y sobre París agitado, la noche negra acababa de cerrar, noche sin perdón en que las estrellas se hundían bajo la bruma de los crímenes y de la cólera que se elevaba de las casas. El ruidoso grito de justicia pasaba con el rumor de alas aterradoras que Sodoma y Gomorra habían oído llegar de todas las tinieblas del horizonte.

LIBRO SEGUNDO

I

En aquella apartada calle de Neuilly, donde nadie pasaba ya desde la hora del crepúsculo, la pequeña casa, apenas visible bajo la noche oscura, parecía dormir profundamente, con las persianas cerradas, sin que un rayo de luz se filtrase fuera. Adivinábase también que detrás reinaba la paz de un jardinillo vacío y muerto, embotado por el frío del invierno.

Pedro, en el coche que le conducía con su hermano herido, temió varias veces ver á éste desmayarse. Guillermo, recostado, é inclinada la cabeza, no hablaba. ¡Y qué terrible silencio entre ellos, tan lleno de preguntas y respuestas, que juzgaban inútil y doloroso cruzar en aquel momento! Sin embargo, el sacerdote se inquietaba por la herida, y preguntábase á qué cirujano debería apelar, deseoso de no poner en el secreto sino un hombre seguro y fiel, al ver el vivo deseo de ocultarse que el herido manifestaba.

Hasta el Arco de triunfo no se pronunció una sola frase, y solamente aquí Guillermo salió al parecer de su letargo para decir:

—Ya sabrás, Pedro, que no se necesita médico; arreglaremos esto entre los dos.

Pedro quiso protestar; pero después se limitó á un simple ademán, indicando que pasaría por ello si era necesario, pues de nada servía discutir en aquel momento. Sin embargo, su inquietud aumentaba, y experimentó un verdadero alivio cuando el coche se detuvo al fin frente á la casa y vió á su hermano bajar sin demasiada debilidad. Pagó á toda prisa al cochero, muy satisfecho al reconocer que no había allí nadie, ni siquiera un vecino, y abrió con su llave, sosteniendo á su hermano para ayudarle á franquear los tres peldaños del pórtico.

Una lamparilla ardía en el vestíbulo, y de repente, al ruido de la puerta, una mujer, la criada Sofía, salió de la cocina. De sesenta años de edad, pequeña, flaca y muy morena, hallábase en la casa hacía más de treinta, habiendo servido á la madre antes de servir al hijo. Conocía á Guillermo desde que era joven, y sin duda le reconoció, aunque hiciese ya cerca de diez años que no había franqueado aquel umbral; pero no manifestó la menor sorpresa, como si le pareciese muy natural aquella extraordinaria vuelta, en la ley de discreción y de silencio que se había impuesto. Vivía como reclusa, y no hablaba más que para las estrictas necesidades de su servicio.

En su consecuencia se limitó á decir:

—Señor abate, en el gabinete está el señor Bertheroy, que le esperaba hace un cuarto de hora.

Guillermo intervino con expresión muy reanimada.

—¿Viene aquí siempre Bertheroy?—preguntó—. ¡Ah! quiero verle: es uno de los mejores y de los más grandes talentos de hoy día, y sigue siendo mi maestro.

Amigo en otro tiempo del padre de los dos hermanos, el ilustre químico Miguel Froment, Bertheroy era entonces á su vez una de las glorias más notables de Francia, á quien la química debía los extraordinarios progresos hechos por la ciencia madre, á punto de renovar la faz del mundo. Individuo del Instituto, colmado de cargos y de honores, había conservado á Pedro el mayor afecto, y visitábale algunas veces antes de comer, á fin de distraerse, según decía.

—¿Le has conducido al gabinete?—preguntó el abate—. ¡Muy bien, allá vamos! Lleva un quinqué encendido á mi aposento, y prepara mi cama para que Guillermo pueda echarse al punto.

Mientras que, sin manifestar sorpresa ni pronunciar una sola palabra, Sofía ejecutaba esta orden, los dos hermanos se dirigían al antiguo laboratorio de su padre, que Pedro había convertido en un gran despacho; y el sabio los acogió con un grito de alegría, al verlos entrar sosteniéndose uno en otro.

—¡Cómo... juntos!... ¡Ah! hijos míos, no podíais proporcionarme mayor dicha, á mí, que tan á menudo he deplorado vuestra desgraciada mala inteligencia.

El señor Bertheroy, hombre septuagenario, era alto, enjuto de carnes, con facciones angulosas; y su piel amarillenta adheríase como un pergamino á los huesos salientes de las mandíbulas y de las mejillas. Sin ningún prestigio, parecía un viejo herborizador; pero la frente era hermosa, ancha, uniforme, y bajo el cabello blanco y desgredado brillaban ojos muy vivos.

Al ver la mano vendada, exclamó:

—¿Cómo, Guillermo, está usted herido?

Pedro se callaba, para que su hermano contase la historia como quisiese; pero Guillermo había comprendido que debía confesar la verdad, omitiendo simplemente las circunstancias.

—Sí—contestó—, en una explosión, y creo tener la muñeca fracturada.

Bertheroy examinaba á Guillermo, notando que tenía el bigote quemado, y en los ojos una expresión de estupor, como la que se revela en las catástrofes. Entonces tomó un aire grave y circunspecto, y no quiso hacer preguntas que obligaran á una confidencia.

—¡Ahl ¡bahl una explosión... ¿Me permite usted ver la herida? Ya sabe que antes de que me sedujera la química estudié medicina, y que soy un poco cirujano.

Pedro no pudo reprimir un grito de su corazón.

—¡Sí, sí, maestro, vea usted la herida!... Yo estaba muy inquieto, y es una casualidad inesperada haberle encontrado aquí.

El sabio le miró, comprendiendo la gravedad de las circunstancias que le ocultaban; y como Guillermo consintiese con una sonrisa, palideciendo por efecto de su debilidad, el otro quiso que se acostase ante todo. La criada volvía á decir que al cama estaba dispuesta, y todos pasaron á la habitación inmediata, donde se desnudó al herido para acostarle.

—Alúmbreme usted, Pedro, coja el quinqué, y que Sofía me traiga una cubeta llena de agua y paños de hilo.

Después, cuando hubo lavado la herida suavemente, exclamó:

—¡Diablo, diablo!... La muñeca no está fracturada, pero mal negocio tenemos aquí. Temo que haya una lesión del hueso... Serán clavos que han atravesado las carnes, ¿no es verdad?

Como no recibía contestación, guardó silencio; pero con creciente sorpresa comenzó á examinar atento la mano que la llama había ennegrecido, acabando [por oler la manga de la camisa para darse mejor cuenta del hecho. Evidentemente reconocía los efectos de uno de esos nuevos explosivos, que él mismo había estudiado tan [sabiamente, y por decirlo así, creado; pero esta vez debía quedar defraudado en [su esperanza, pues veía allí señales por las que no le era dado penetrar lo desconocido.

—Entonces—se atrevió á decir al fin, llevado de su curiosidad de sabio—, será una explosión de laboratorio la que le ha causado este daño... ¿Qué diablo de pólvora se disponía usted á fabricar?

A pesar de su padecimiento, Guillermo, observando que Bertheroy estudiaba así su herida, mostróse algo contrariado, y su agitación iba en aumento, como si el verdadero secreto que hubiera querido guardar estuviese en aquella pólvora, cuyo [primer ensayo acababa de maltratarle tan cruelmente. Por eso cortó la conversación, mirando á Bertheroy fijamente con expresión de franqueza.

—Ruego á usted, maestro, que no me pregunte, porque no puedo contestar... Sé que usted es bastante noble para cuidarme y quererme aún, sin exigir mi confesión.

—¡Ah! Ciertamente, amigo mío—exclamó Bertheroy—; guarde usted su secreto; el descubrimiento le pertenece, si es que ha hecho usted uno, y sé que es capaz [de aplicarle de la manera más útil. Por lo demás, debe usted saber también que soy demasiado amante de la verdad y que mi máxima es no juzgar nunca los actos de los otros, cualesquiera que sean, antes de conocer todas las razones.

Y habló sobre su gran tolerancia, libre de supersticiones, que hacían de él, con las órdenes que le condecoraban, con sus títulos universitarios y académicos, un hombre de atrevida y libre inteligencia, apasionado tan sólo por [la verdad, según él decía. Como no llevaba su estuche, se contentó con curar la herida cuidadosamente, después de asegurarse de que ninguna partícula de los proyectiles había quedado en las carnes. Al fin se marchó, prometiendo volver al día siguiente temprano; y cuando el

sacerdote le acompañaba hasta la puerta de la calle, le tranquilizó diciéndole que, si el hueso no se había interesado mucho, todo iría bien.

De vuelta á la cabecera del lecho, Pedro encontró á su hermano incorporado aún tratando de concentrar la última energía para escribir á los suyos y tranquilizarlos. En su consecuencia, tuvo que coger el quinqué y alumbrarle de nuevo, después de haberle dado papel y pluma. Por fortuna, Guillermo conservaba el uso de la mano derecha, y en pocas líneas pudo, anunciar á la señora Leroi que no debía esperarle. Esta señora, su suegra, se había quedado en casa de él después de la muerte de su esposa, y fué quien educó á sus tres hijos. Además, Pedro no ignoraba que había en la casa una joven de veinticinco á veintiseis años, hija de un antiguo amigo de Guillermo, recogida por éste á la muerte del padre, y con la cual debía casarse pronto, á pesar de la diferencia de edades. Mas para el sacerdote todas estas cosas eran vagas y perturbadoras, y en parte muy condenables, por lo cual había aparentado siempre desconocerlas.

—¿Conque quieres que lleven al punto esta carta á Montmartre?

—Sí, ahora mismo; son las siete, ó poco más, y se recibirá allí á eso de las ocho... ¿Será el mensajero seguro?

—Lo mejor es que Sofía tome un coche y la lleve, pues de ella no se debe desconfiar. Espera, yo arreglaré esto.

Sofía, llamada al punto, comprendió y prometió decir, si la preguntaban algo, que el señor Guillermo había ido á pasar la noche en casa de su hermano por razones que no conocía. Y sin hacer ninguna reflexión por su parte, se marchó, limitándose á decir:

—La comida del señor abate está servida; bastará que tome el caldo y el asado en el fogón.

Pero esta vez, cuando Pedro volvió á sentarse junto al lecho, Guillermo estaba echado de espaldas, apoyada la cabeza en dos almohadas, muy pálido y presa de la fiebre. El quinqué difundía una suave claridad, y el silencio era tan profundo, que se oía la péndola del gran reloj en el comedor. Durante un momento reinó aquella tranquilidad alrededor de los hermanos, reunidos al fin y solos al cabo de tantos años de separación. Después el herido alargó sobre la sábana su mano, que el sacerdote estrechó cariñosamente en la suya, quedando las dos unidas largo tiempo.

—Querido Pedro—murmuró en voz muy baja Guillermo—, dispénsame el haber venido aquí de tal modo. Ocupo tu casa, me apodero de tu lecho y te impido comer...

—No hables, no te fatigues más—interrumpió Pedro—. ¿Dónde quieres ir sino aquí en tal situación?

La mano febril del herido estrechó con más fuerza la de su hermano, y sus ojos se humedecieron.

—Gracias, querido Pedro—dijo—; veo que eres tan bueno y bondadoso como en otro tiempo... ¡Ah! No puedes imaginarte qué grato es para mí este instante.

A su vez, los ojos del sacerdote se obscurecieron. En medio de aquel silencio profundo, de aquel bienestar, después de emociones tan violentas, los dos hermanos experimentaban un encanto infinito al encontrarse así en la casa de su infancia. Allí era donde su padre y su madre habían muerto, el primero trágicamente, destrozado por una explosión de laboratorio; la segunda, muy piadosa, como verdadera santa. En aquel mismo lecho fué donde Guillermo había cuidado á Pedro, cuando, muerta su madre, estuvo también á punto de sucumbir. Todo despertaba su ternura: las circuns-

tancias imprevistas de su encuentro, la espantosa catástrofe que aún les trastornaba y el misterio de las cosas que no se habían explicado entre ellos. Y en su encuentro trágico, después de vivir separados tan largo tiempo, sus comunes recuerdos se despertaban; y la antigua casa parecía hablarles de su infancia, de los padres que murieron y de los lejanos días en que habían amado y sufrido. El jardín estaba allí, bajo la ventana; el jardín, helado ahora, donde en otro tiempo resonaban los gritos de los niños; á la izquierda hallábase el laboratorio, la gran habitación donde su padre les había enseñado á leer; y á la derecha, en el comedor, les parecía ver de nuevo á su madre, cortando las rebanadas de pan, siempre dulce y cariñosa. Y la sensación de que se hallaban solos en aquella hora, iluminados por la pálida claridad del quinqué, en medio de la muda soledad de la casa y del jardín, los recuerdos les colmaban de extraordinario sentimiento, mezclado con una amargura inmensa.

¿Hubieran querido hablar, explayarse, pero ¿qué decirse? ¿No les separaba el más infranqueable abismo, aunque sus manos estuviesen estrechamente unidas? Por lo menos, ellos lo creían así. Guillermo tenía la convicción de que Pedro era un santo, un sacerdote de la fe más firme, sin dudas de ninguna especie, y que nada tenía de común con él ni en las ideas ni en la práctica de la existencia. Las circunstancias los habían desunido, y habitaban en dos mundos diferentes. Del mismo modo, Pedro pensaba que Guillermo era un perdido, de conducta torpe, que ni siquiera se había casado con la mujer de quien tuvo tres hijos, y que estaba á punto de unirse con otra, demasiado joven, cuya procedencia no era conocida. Además de esto, tenía las ideas exaltadas del sabio y del revolucionario, la negación de todo, que aceptaba las peores violencias, provocándolas tal vez, y entreviendo en el fondo, el monstruo vago de la anarquía. ¿En qué terreno, pues, hubiera podido haber buena inteligencia entre los dos hermanos, desde el momento que cada uno de ellos conservaba su preocupación contra el otro, y le veía en el borde opuesto del abismo, sin que se pudiese arrojar una tabla entre ellos?

Pedro no ignoraba que Guillermo había corrido ya el riesgo de comprometerse en un asunto anarquista, y no le hacía ninguna pregunta sobre ello; pero no podía menos de pensar que no se habría ocultado así á no haber temido que le detuvieran como cómplice. ¿Lo sería verdaderamente de Salvat? Pedro se estremecía, porque no podía guiarse sino por las palabras escapadas de boca de Guillermo después del atentado, y la exclamación con que acusaba á Salvat de haberle robado un cartucho. ¡Pero cuántas obscuridades aún! Si le habían robado un cartucho, de aquel espantoso explosivo, era porque los fabricaba y los tenía en su domicilio. Con la muñeca herida, y si no era cómplice, hubiérale bastado desaparecer, considerando que, si se le encontraba allí, con la mano ensangrentada, jamás habría podido convencer á nadie de su inocencia. De todos modos, aunque las tinieblas fueran muy densas, el crimen parecía posible, y la aventura era espantosa.

Guillermo debió adivinar, por el temblor de la mano húmeda, que su hermano le abandonaba, un poco del aniquilamiento de aquel pobre ser, acosado ya por las dudas, y que la catástrofe acababa de abatir.

EMILIO ZOLA.

(Continuará.)

Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)

SECCION GENERAL

CUESTIÓN PALPITANTE

(Conclusión)

—¿Cometisteis un crimen?...

—¡Quia, hombre, no! Le gustaba mucho el regalo en la comida, y ella se dió tan buena maña en su solicitud, que de una indigestión se plantó en el otro barrio... ¡Chico, la culpa no fué nuestra!

—¡Tendría bastante la viuda!

—¡No era gran cosa! Cuando nos casamos habría como unos 1.500 duros.

—Para principiar no es malo. Además, tú cogerías las contratas del difunto...

—Todo quedó bajo el nombre de la viuda, en tanto que yo me enteraba del negocio; y cuando ya estuve listo, le dió la gana de morir—sin duda por no verme—, lo cual le agradecí muchísimo. ¡Teníamos que reventar uno de los dos y... reventó ella!

—Y ahora, ¿con quién estás casado?

—Con una muchacha la mar de graciosa. Me ha traído en dote un capitalillo regular.

—Pues, chico, ¡estás de suerte!

—Mi trabajo me costó alcanzarla. ¡Figúrate que no quería casarse más que con un título de Castilla!

Yo estuve discurriendo el modo de poder conseguir el capital, digo, la muchacha, y recordé que en el ministerio tenía algunos amigos—pues ya me habían concedido una cruz por ciertas obras que hice en el río Pontago para desviarlo, el cual era muy peligroso en la época del deshielo; obras que duraron unos cuatro meses, pero que después rehice, y si no hay ningún contratiempo, durarán algo más.

Teniendo amigos y dinero se consiguen muchas cosas. Con ambos he conseguido el título de marqués de Aguasarriba y la dote de mi simpática mujercita; quien, con sus monadas y travesuras, me ayuda en grande á aumentar mis intereses.

—Por lo que se ve, el trabajo para ti es lo de menos...

—Estás equivocado. Sin el trabajo todos los capitales se van, aunque seas más rico que Vanderbilt. Vas á verlo.

Cuanto más alta es la posición de una persona, tú ya sabes que le exigen mayores sacrificios: que coches, que reuniones, que fiestas, que cofradías, en fin, una atrocidad. Con sola una de esas cosas tenía bastante para haberme arruinado si hubiera desatendido el producto que dejan los *haraposos* obreros.

—¿Y cómo te las arreglas para sostener el fausto de tu mujer—porque el tuyo poco es, según veo—é ir acumulando más todavía, como lo demuestra la hermosa villa que has construído en el paseo de Mirallá?...

—Con dos soberbias casas en la calle principal y más céntrica de la población, amén de otras en barrios más modestos, pero que por lo mismo no merecen la pena.

—Pues yo, amigo, aunque hago trabajar todo cuanto puedo á los operarios—pues tengo un capataz que ni en Nigricia lo hay mejor—, algunas semanas me encuentro sin poderles pagar, y paso las de Caín...

—Conmigo no pasa eso. Lo primero elijo los trabajadores que sean robustos y tengan poca frente, porque éstos, sabiéndolos tratar, son muy dóciles. Cierto que suelen tener entre ellos frecuentes riñas que terminan para unos en el presidio y para otros en el cementerio; pero todo me importa á mí una higa; los substituyo con gente nueva. Como no ven más allá de sus narices, con una *merendola* de vez en cuando y algunos cántaros de *morapio* los tengo más contentos que unas Pascuas, trabajando las horas que á mí me da la gana.

—Por cierto que no parece irte mal con este sistema.

—Pues si te encuentras con fuerzas para aplicarlo, ya lo conoces... Y ahora, adiós, Emilio, que el tiempo es oro y me he entretenido más de lo que quería.

—Choca, y hasta la vista.

A. CRUZ.

MEDITACIONES

Con el fin de mejorar la situación económica del productor, las distintas escuelas políticas y filosóficas propónense diferentes medidas, todas con arreglo al programa de cada partido.

Los anarquistas afirman la necesidad de fundir en una las dos fuerzas que representan el capital y el trabajo; pero, al contrario de lo que otros creen, entienden que esto no puede ser una obra legislativa. No la nacionalización, la universalización de los instrumentos del trabajo y los productos del mismo, sin ajustarse á otras reglas que las determinadas por las necesidades orgánicas, podrán solucionar este problema.

Las leyes son el mayor obstáculo que todo desenvolvimiento útil á la humanidad puede encontrar en su largo y penoso camino. La amortización de los capitales no la conseguirá ningún sistema de gobierno; de consiguiente, la abolición de todos ellos será el primer paso dado en pro de la igualdad económica. Es muy extraño que hombres de reconocido talento esperen ese resultado de la ingerencia del Estado en la revolución social. Substituyendo el régimen parlamentario por el representativo, siendo, como lo es, falso el sufragio dondequiera que se ejerza, ¿cómo ha de responder á las exigencias de la vida? ¿El trabajador es dueño de su opinión? ¿No estará sujeto á la imposición del nuevo amo? Irremisiblemente; luego para conseguir la libertad de los pueblos habremos de empezar por expropiar á los acaparadores del patrimonio común, dando paso á la libertad y á la justicia equitativa, imposible de obtener por ningún otro procedimiento.

Para no poner límites al pensamiento ni á la conciencia, es preciso apartar uno y otra de los mezquinos y estrechos moldes de un régimen opresor, basado en la desigualdad y en clases como los artículos de consumo. No basta para combatir el parasitismo separar á la Iglesia del Estado, cuyos sustentáculos se ayudan recíprocamente. Hemos de eliminar ambos para obtener el bien deseado.

¿Qué significa eso de amortizar la deuda pública? Quién no hizo otra cosa que producir viviendo en la miseria, mientras otros consumen en la holganza, ¿aún ha contraído deudas? Dé cada cual de sí lo que pueda, tanto en el orden de la producción como en el consumo, y habremos conseguido la paz y felicidad que anhelamos; mas esto sólo se consigue, como hemos dicho, dando al traste con toda clase de sistemas autoritarios. A estas razones se contesta que no estamos preparados para tan grande empresa. ¿Cómo, pues, se nos considera capacitados para elegir á los mejores que nos hayan de gobernar, admitiendo la hipótesis de la bondad del sufragio?

Tratar de reformas administrativas dentro de un organismo viciado, no por llamarse Monarquía ó República, pero sí por mantener en su fondo ricos y pobres, es querer seguir engañando al pueblo que sufre y paga, es cien veces más criminal que el que asesina en una encrucijada.

Nivelación de presupuestos, rebaja de gastos y aumento de tributos, cosas son todas, que el trabajador no entiende ni le hace falta; sólo entiende que deben desaparecer tantas gabelas.

Nada debe esperarse de los opresores en beneficio de los oprimidos, porque las reformas de aquéllos van encaminadas á economizar en lo pequeño y á fomentar en lo grande, hasta lo superfluo.

¿Puede garantizar la vida y el trabajo y hacer que sean inviolables el domicilio y la correspondencia, cualquier gobierno, que por el solo hecho de serlo, tiene que andar á caza de atentados y complots, seguro como ha de estar de que no administra bien, porque es imposible...? ¿Cómo perseguir el vicio y la vagancia, que empieza en la primera autoridad y termina en el último de sus viles sayones...? ¿No es esto empeñarse en hacer imposibles? La voluntad nacional no puede regir donde hay víctimas y verdugos, ni ser punible la invasión del poder en los más sagrados derechos del individuo...

De lo expuesto se deduce, que el único medio para mejorar las condiciones sociales, es acabando de una vez con todos los privilegios, despojando á la sociedad de zánganos erigidos en mandarines.

Para todo hombre amante sincero de la humanidad, nada hay de extraño en semejante aseveración, antes al contrario la considera justa; fortalece su conciencia con la luz de la verdad y desafía los obstáculos que se opongan en su camino, porque ella constituye una fuerza poderosa, fuera de la cual, decae su imaginación, se hace fuerte por conseguir la justicia, en su invariable deseo por la igualdad social, contando con la firmeza que les dan sus fuertes convicciones, por el estudio de la historia y del progreso indefinido.

Todo sistema gubernamental, forzosamente sostendrá al pueblo en la esclavitud á pesar de su decantada soberanía, siempre ficticia, sirviendo de instrumento á intereses que no son suyos. Cada cambio político da nueva forma á la esclavitud, continuando la miseria en el obrero y la riqueza en el parásito. ¿Se pretende educar al pueblo en sus derechos y deberes? ¿Podrán hacerlo los que sólo dan ejemplos de arbitrariedades é injusticias, que es lo que trae consigo la división de clases? Los que sacrifican su libertad y su vida por una idea grande y generosa, los únicos capaces de enseñar el bien, son, los que, emancipados moralmente de cuanto representa superioridad é individualismo, ni admiten fronteras ni diferencias sociales, basando su aspiración en la igualdad para el desarrollo de la verdadera justicia, hombres que sólo se encuentran en los defensores de la anarquía, porque los demás, todo lo esperan de la acción legal... La autoridad encierra una palpable contradicción en cuanto á la buena marcha y al orden social se refiere. El respeto á sus semejantes y á la propiedad, siempre lo atropellan los que se llaman sus defensores, consecuencia inevitable de una sociedad de amos y esclavos. Por eso queremos la abolición de los gobiernos, de la propiedad, de la familia, que serán suplantados por la acción de la solidaridad y del amor.

D. ESPINOSA.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.